

NUEVAS CENIZAS

Mariano Fiszman

a Gabriela

I

Hasta que una tarde la Turca asomó su perfil de pájaro por mi puerta diciendo hay un laburo para vos, morto qui parla, cuarenta y ocho, che, ¿me oís?, llamá la morgue, antes de que se pudra, ¿o lo quemamos?, dale lepra, te cayó mal el banquete, y yo levanté el brazo como un nazi anémico. Imitaba la ristra de frases sin ingenio que Rega, su marido, usaba para saludarme. A él le salían fácil como el humo, una fluidez compadrita que matizaba la repetición, daba risa en sí, pero en el chicle de la Turca trastabillaban. Cuando masticaba chicle con ese ímpetu estaba de buen ánimo. Lo cómico de Rega, me parece, era verlo representar un personaje distinto al que creía estar representando.

Milagro, milagro, dijo la Turca. Entrá, dije, para callarla. Entró como si saliese a escena, bajo el gabán abierto su vestido corto de hilo, muy blancas las piernas y esas sandalias de bronce que encandilan a los automovilistas desde los carteles del bulevard.

Pará, dije, un minuto. Señalé la silla pero mis ojos no la miraban, la cabeza inclinada, boquiabierto, creo que ya había roto mi radio para poder oír la de los vecinos, su gangrena de discurso gubernamental, canciones románticas, la voz de mujer que las sobrevolaba mientras cosía alguna cosa, el golpe de los muebles mareados cuando se los empuja contra el suelo. Quizás el derrumbe se haya desencadenado definitivamente cuando descubrí que Dolores o Lola eran maneras de nombrar una única mujer que había dicho: tenga esta silla, una le va a hacer falta, al menos, aunque entonces la viese como a silueta de cartón y lo mismo me daban la pared, ella, la criatura que no dejaba de llorar y sacudirse en sus brazos y el hombre que les llenaba la panza y juntaba sillas por las veredas de los barrios ricos.

Ni la silla convocaba la imagen de Dolores a mi memoria, ni su perfume se negaba a abandonar la silla, en la que un fondo de balde, siempre amenazante, reemplazaba al

asiento original, y que más bien olía a vieja madera, a polvo de demolición o a encierro. Sin embargo, en ese desfile al que uno no puede dejar de asistir desde su cama, la imagen de Dolores se mezclaba con las de otras mujeres familiares y especialmente a pesar mío Mara, de la que jamás encontraron la remera entre los fierros o flameando al borde de la ruta, frenada contra una piedra, un poste, su pecho acolchado rojo como una escultura ultra actual, de título Venus km. 106.

La Turca por suerte no, era capaz de sentarse con el pecho contra el respaldo despintado, desafío, las manos coronadas de acrílico sobre las rodillas. Lo blanco de su piel, el pelo oscuro, le habían inspirado a Rega, cuando la conoció, el apodo. La Turca, o el nombre insulso que trajera de su pueblo, sinceramente, contaba él, un espantapájaros. Cada disgusto que pasaban, Rega caía a descargarse, a no dejarme dormir hasta que la culpa le volviese al cuerpo. Una garza, contaba, había que tener oficio para arriesgarse a ponerle un peso encima. A mi me sobraba oficio. La semblantié y cuando alzó los ojos yo ya había hecho el cálculo y la miraba con mirada paternal. Había sido en el baño de damas de la enorme estación del Este, Rega franqueaba cualquier sitio. Para él, que estaba en la cosa, ningún instante tan intenso: primera impresión, flechazo, apuesta. Uno chupa, como el picaflor, se suspende, retiene en el aire. La mina te mira como si le costara enfocar, o sonrío, o se abraza contra el pecho tuyo, llorando, a veces patalea; la conquista. Esta de mujer no tenía nada, y así y todo ya se la habían hecho, a lo animal, entre las matas, la bosta, contra el tronco de un árbol. Lo único, esos faroles, dos monedas negras que manchaban, además de las pestañas también negras, muy arqueadas, que iban a definir, con el apodo, en dos o tres trazos, al personaje.

Era historia. Después de la prohibición habían encontrado, gracias a la Biblioteca, una legalidad. Rega era el más feliz de los dos. Planeaba mudarse de estas ruinas. Hasta

había conseguido un auto. Ella alternaba rachas de angustia y euforia, el chicle era más que un indicio, su mandíbula trabajando como un pistón, yo no sé qué le daba, entonces, por auxiliar a los otros, buscarles casa, ropa, falsas familias. A mí vino a ofrecerme un laburo.

Dije que no, lo repetí. Dije ni loco, me senté en la cama, no pisaba la calle desde hacía meses. Aunque la idea de pararme me daba vértigo, alguna que otra noche me había arrimado a la pared a oír la música de la discordia que sonaba en lo de Dolores, el cruce de porques y por qués, de fondo la respiración de la criatura, esta banda de sonido, que intentaba interpretar equívocamente, me había llevado incluso hasta el pasillo, a encontrarme a oscuras frente a la puerta que filtraba su llanto, la voz distorsionada del hombre, como si la puerta fuese a confesar algo de interés. Volvía a mi cama sintiéndome ridículo, mareado, de buen humor. Pero tales salidas eran secretas, a veces hasta para mí mismo.

La Turca merodeaba con argumentaciones de mosca. Que más allá de lo que me hubiera pasado, que no era intención suya enterarse de algo que yo prefería mantener en secreto, que volviera a ser un hombre, redeshecho, me di vuelta pero en el fondo ya oía el martillo del trabajo sonando inapelable, miré la pared, cicatrizaba viejos números, nombres, hormigas que desarmaban los circuitos de una cucaracha al pie del inodoro, afuera estalló una música, todo el tiempo perdido, dijo la Turca, me intrigó su voz lejana.

Giré la cabeza. La vi de espaldas espiar el pasillo. El edificio era un viejo hotel abandonado sin terminar. Estaba controlado por la Doña, una mujer enorme, que pesaba más de cien kilos, recluída en el sótano. Dormía sobre una mesa de madera de la que subía y bajaba con pesada agilidad. Sus hijos, hijas, nietos, daban un ejército rasposo, que ella manejaba con mano firme desde las entrañas del edificio. Yo le había mandado

a decir que esperaba una plata, de una herencia, pero empezaba a impacientarse. La Turca y yo sabíamos que la boca voraz de la usura proyectaba su sombra sobre mí, que la palabra estaba dada, que mejor cuidarse.

Trabó la puerta usando uno de sus tacos como cuña. No me hagas daño, dije. Sin sonreír se me vino, rengueante, violando la frontera de la silla, a sentarse casi encima. Rabia, rabia contra la música que cada vez más fuerte me hacía doler la cabeza, sus argumentos, mis propios oídos, el olor a tutifruiti, estirándose, envolvió, su piel blanca, el prejuicio de cierta insensibilidad de esa piel, algo del uso, plástica, y sin embargo calor, al repliegue de su vestido hacia la cintura descubrí un vértice de bombacha negra, muslos blancos, la necesidad de abrazarme inmediatamente los pies para aliviar lo que se retorció adentro, un cigarro, aire, ni arrugas ni granos ni hoyuelos ni irritaciones en lo liso, ni lunares ni pendejos ni pliegues hasta los bordes hundiéndose en la carne, ¿dejaría marca el elástico?, Rega me había contado, no confesado, hablando del pubis público de su mujer, de últimas con el medido despliegue del comerciante que da a entender a otro la razón de su amplio margen de ganancia en algunos artículos, las transiciones de eso que ahora era una mata prolijamente triangular, de la que no asomaba ni la raíz encarnada de un pendejo y sin embargo nutrida, dura bajo la sombra aplastante de la tela, del tiempo, lejano, del debut, cuando se afeitaban, él lo había soportado con profesionalismo, más que la improbable semejanza con el pubis de una niña la impresión que le daba era de una horrible peste, el quirófano, la huesuda, la calidad de una clientela estable, el trabajo fino, les permitieron verla resurgir, renredarse, el olfato de Rega para los negocios, que a su vez florecían, incorporó el recorte casi artístico, un plus a pedido del cliente, y esta segunda cabellera fue cuadriculada, serpenteante, se zanjó en dos o se alargó siguiendo la raja hacia el ombligo, tuvo las formas más o menos reconocibles de letras, objetos como copa,

sombrilla, medialuna, cruz, frutas, obras efímeras, singulares de su coiffeur, entregado a una fiebre creativa que no excluyó el dolor ocasional ni los colores.

De esta época era una foto tomada de apuro, escandalosamente, en una cabina de estación de subte, Rega sosteniendo por detrás a la Turca en el aire abierta de piernas, tratando de embocar en alguno de los cuatro disparos de la máquina el centro de un corazón pelirrojo, prueba de amor que él acuñaba, borrosa, en su billetera.

Seguramente fue obligado por la Turca que Rega vino a despertarme. Debió haber cubierto la distancia del umbral a la cama con la cautela de quien se acerca a un animal peligroso presumiéndolo herido, un fueye de ropa limpia entre las manos, maldiciendo la changa mientras dudaba entre repetir mi nombre cada vez más fuerte o tocarme, y en ese caso cómo distinguir bajo las mantas el orden del cuerpo, difícil de suponer ya que dormía, como de costumbre, ovillado y sin asomar la cabeza. Debió haber pateado la cama, no con la punta sino con la planta del pie, haciendo que ésta se desplazase, arañazos sobre el piso de porland. Debió haber corrido, supongo, el telón de la frazada con un golpe seco de verdugo, arriba, arriba, entre aplausos.

La única ventana, sin más que un nylon que empezaba a agujerearse y ceder a los empujones del viento, dejaba entrar la luz gris. Sobre la silla todo tipo de ropas, hasta un sobretodo, de talles y colores desparejos. La palabra colecta parecía haber burbujeado en boca de la Turca. Las mangas del pulóver, grueso, de guarda alpina, me mordían los nudillos. Una bufanda blanca, que más tarde vino a reclamar un tal Cúper diciendo que era suya. La Turca apareció, yendo y viniendo, como el muñeco de un reloj cucú, sonriente y un cepillo de pelo en una mano, alcanzándome una bandeja con café, budín, llevándosela intacta, se hacía tarde. La suma de abrigos me agarrotaba las articulaciones.

Había un clima de comienzo de clases. Bajé pálido, despacio, un brazo de ciego extendido hacia la baranda inexistente, el otro rígido, esa mano estrujando el borde del sobretodo, con la impresión de mi salida congregaba algún público, los buchones que se escurrirían como peces entre los pasillos para contárselo a la Doña, por ahí Dolores, un puñado de extras, pero todo difuso, sin ganas ni la pretensión de aclarar cuáles de esas figuras eran personas y cuáles dibujos torpes hechos con tiza en la pared. Gané la calle con la cabeza enroscada entre los hombros, queriendo protegerme de algo que no era

más que mi cuerpo, mi extraño, acechante, su furia capaz de desatar a cada paso.

El auto era un antiguo minicar de tres ruedas, un huevo con la cáscara agrietada por los choques, el óxido, los años que habían anclado su uña en cada duda del esmalte. La Turca no entraba sin protestar por una cosa o por otra, y Rega lo lustraba con la mirada. En alguno de sus encontronazos de pirata había perdido una de las dos puertas, la del lado del acompañante, emparchada, por ahora, según él, con una plancha metálica, parte de un cartel pintado con letras rojas, tres cuartos de A, una L, la mitad de una O, o G, o C, o incluso podía ser una Q interrumpida lo que parecía colgar del techo como un aro.

Rega entraba último y salía primero. La forma oval del coche obligaba a encorvarse, bajar algo la cabeza o ladearla según la ubicación. Los tres nos apiñábamos en lo que debía ser el centro buscando una comodidad improbable, yo adelantándome, la Turca recostada sobre Rega, éste casi subido a la Turca, exigiendo espacio para maniobrar. Una vez le pregunté si no le había alcanzado la guita para comprar una bicicleta, en su estilo, ya en medio de una guerra no declarada, semanas o meses más tarde; sus posesiones lo ponían serio. Pero esa mañana, mientras trataba de calcular el tiempo transcurrido desde que no subía a un auto, desde el descapotable y las dos ambulancias posteriores, una camino al hospital, sin conciencia, junto al cuerpo de Mara que podrían haber llevado tanto en una camilla como en una bolsa, la otra desde el hospital hacia cualquier parte, pero afuera, Rega dijo agarrensé, puso el motor en marcha con la concentración que hubiera requerido un cohete espacial y arrancamos.

Volver a ver la ciudad, desconocida, ese día no pude, iba blando bajo el nivel de las burbujas vidriadas laterales, el coche avanzaba despacio, en parte en sombras que le pesaban, yo aspiraba hondo y largaba el aire viejo por la boca hasta con exageración o alivio, el ruido de mis exhalaciones, el viento colándose por la puerta de chapa, qué gusto me daban, de fondo la discusión incesante de ellos dos como ministros

plenipotenciarios de dos países en conflicto, pero lejos, mi pelea sibilante, empezaba a empatarla, confundí agitación, miedo, cansancio, arrepentimiento de haber fumado un cigarro antes de salir con el dolor de cabeza que no sentía, estrépito, el viento angosto helando mis mejillas, lástima de mí mismo, el mismo viento otro de frente en el descapotable me sacaba lágrimas.

Creí oír la risa sin remera de Mara, camiones, la mano de la Turca me despeinó. ¿Vas bien?, dijo. Estás llorando. Estupefacta la dejé, y Rega, un silencio de acero, para él era una tragedia.

El viento, dije, no importa, se lanzaron a discutir por la ventanilla, el retraso, plata, volviendo a la ciudad, desconocida, pude verla al día siguiente por primera vez, y nada que ver con aquella que jugaba a esconderse en mi memoria, cuadriculada por la intersección de túneles y autopistas, cuáles iban de norte a sur y cuáles de este a oeste no lo sé, pero tampoco eran túneles, semi túneles, una especie de caños o nervaduras sobresaliendo de la palma de la tierra, en cuyo interior los coches andaban a sus anchas, apenas amenazados por el amague de las compuertas metálicas, listas para descender guillotinando el flujo del tránsito si hubiera habido un accidente, una fuga, bajo lámparas albinas, paredes con carteles luminosos que en su época habían indicado la hora, el nivel de tráfico, la próxima salida, ahora mudos o repitiendo siempre la misma frase que cada tanto perdía una letra, mientras que las autopistas, si bien en ellas los autos circulaban a cielo abierto, no estaban sostenidas por columnas, su estructura era igual a la de los túneles, y en cuanto a lo que pasaba en la oscuridad de su interior todo el mundo tejía locas, siniestras especulaciones, avivadas por la rapidez con que se abrían y cerraban unas puertas pintadas en sus laderas, generalmente de noche, sospechas tan antiguas como las autopistas y túneles que, sin embargo, como primera impresión, me parecieron nuevas, creo que porque no podía ver la ciudad que cruzaban,

las manzanas, cajones de gente, como si viera las rejas de la jaula pero no el animal, de ese viaje no me quedó otra cosa, salvo, a todo esto, la luz, cómo decirle, ¿natural?, la que estaba de gris en el aire, y el aire mismo, que me extrañó, respecto a aquella otra misma de antes, encontrándola no opaca, pero sin relevancia, todo tenía un tono de pavimento mojado visto durante un eclipse, más la sensación de que durante esa temporada en el encierro las imágenes del mundo, personas, lugares, que había manoseado en mi mente, correspondían a la apariencia que habían tenido muchos años atrás, como si la cinta de mis recuerdos se hubiera rebobinado y ahora me encontrase en el futuro, habiendo transcurrido mucho más que unos meses desde la noche en que llegué o me depositaron en el umbral del edificio de la manera que en las fábulas se desembarazan de una criatura no deseada, entre sigilo y vergüenza, cerrando suavemente las puertas del auto en el que venía de hacer mi último viaje antes de éste, uno de esos coches anchos, negros, antiguo, que sin embargo la mujer mantenía con dignidad, me parece verla irse, la foto carnet de su perfil anteojudo en sombras enmarcada por la ventanilla, el pelo recogido en un rodete, se abstuvo de girar la cabeza a medida que se alejaba hasta que desaparecí de su espejito.

Dos de estos que después aprendí que eran hijos o yernos de la Doña me encontraron en la calle de madrugada. Cada uno me alzó de un brazo y rengueantes, arrastrando yo los tobillos, cruzamos el umbral, llegamos a una especie de paz al pie de la escalera donde volvieron a dejarme, la espalda contra la pared, el peso muerto de la cabeza caído sobre el pecho.

Entonces oí nombrar por primera vez a la Doña. Uno le preguntó al otro si me ataban. ¿No irá a rajarse, no? Empezaba a crecerme el pelo, una capa de dos centímetros que dejaba ver, por debajo, las cicatrices, como gusanos en el fondo de un estanque. Uno de los dos apoyó una mano en mi frente y tiró mi cabeza para atrás. Aliento de caña y cenizas. Al soltarla, la cabeza cayó rebotando. Carcajadas.

De mañana, subí tres pisos de escalera en sus brazos. Me hicieron parar ante lo que sería mi pieza, uno dijo acá está bien, agradecéle a la Doña, el otro desenrolló el colchón y lo palmeó levantando una nube de polvo. Cumplido el protocolo volvieron a alzarme y me tiraron sobre la cama. Además de la cama la frazada, el inodoro y la pileta, un alambre tenso entre dos paredes, la lámpara, una radio sin pilas sobre un cajón al revés, el cuadro de la ventana forrado de nylon que daba a la calle. Las paredes a medio pintar, con inscripciones talladas.

Yo no dormía para evitar despertarme. Me adormecía, a veces, con los ojos entreabiertos, ensoñaba y al volver traía pinchazos agudos en las sienes, una vena sobresaliente, un antifaz de dolor, opresión, mareo, martillazos, agujas disparadas desde la nuca hacia el centro de la cabeza, pasto para los potros del ruido, la cara tras la reja de las manos pidiendo silencio.

Así irían a verme, de pijama azul de hospital, de esa mañana en adelante, los que asomaban el cogote por el marco de la puerta, los que directamente entraban dos pasos y se inclinaban, me mostraban la palma de una mano oscilante, chasqueaban los dedos,

palpaban el bulto de un pie bajo la frazada. Los más tímidos o miedosos pegados a la pared de enfrente del pasillo, los chicos con asco, las mujeres entornando la puerta al pasar, los hombres burlándose, apostando a cuánto llegaría, con el tiempo, mi deuda con la Doña y cómo iba a pagarla, incrédulos, sabiendo y haciéndome saber con sus murmullos que no pagar era imposible.

A la hora de hacer cuentas hablarían de meses de sopa, horror a oír mis mandíbulas chirriantes, a la lucha contra algo sólido, duro o fibroso, elástico, blando. Los dientes podían hundirse en las encías barrosas, retraerse, desaparecer. Partirse contra la corteza de un pan. Una bola de miga, un grano de arroz escurrido y deslizado abriría, a su paso, la garganta, el estómago y los intestinos con el pulso calmo del bisturí, o desgarrándolos brutalmente, acuchillado de adentro hacia afuera. En el edificio muchos andaban con navajas, puntas de hierro, picaportes. Les abultaban un bolsillo o la cintura. O llevaban, sobre la piel, la firma del filo de otro.

Venían a traérmela pibes o mujeres irreconocibles. Se llevaban el pote con su fondo de huesos, fideos, tallos de verduras. Mi debilidad era el agua. Es lo más caro, repetían, lástima, y se les escapaba una sonrisa de aprendiz de tráfuga. Además la pieza, amueblada, ojo, los puchos, fósforos, remedios, todo iba sumando.

Meses o no, cuántos, a partir del pasillo se multiplicaban las versiones, se confundía mi posición con el descanso, mi silencio con alguna estrategia. De esa inquietud brotaron algunos enemigos que preguntaban por qué la Doña me aguantaba y algunos aliados, algo así como las apariciones cada vez más seguidas de la Turca trayendo su palma pálida para posarla en mi frente y más tarde Rega, no sé qué habrás hecho ni si está bien que estés acá, único fragmento que pudo recordar de antigua bienvenida carcelaria, para lo que necesites, extendería una mano machaza.

Fugaz, apenas menos liviana que un sueño, Dolores pintó una silla en el aire antes de

desvanecerse.

La Turca y Rega volvieron, siempre por separado, ahora a sentarse y hablar uno del otro, ella quiso oír mi voz. Si no querés contarme no importa, dijo, pero tengo que oírlo. Yo dije agua, Turca, fuego, y ella me rozó la cara con sus anillos y dijo es grave, es hermosa, no importa lo que digas seguro no mentís, salió de la pieza estrangulando un sollozo.

Rega abarcaba la pieza y más allá la calle y el cielo con los brazos abiertos y decía minas. Contaba chistes, historias que supuestamente eran la suya, insinuó negocios que necesitaban otro, cuestión de que me animase, cifras, los dos me hablaron de la Doña y lo malo que era deberle, hasta que una tarde ella vino con que había un trabajo para mí en la Biblioteca y me preguntó si estaba listo. Hace rato, dije, estoy listo.

Sos más gracioso que un corcho, dijo. La acusé de venir mandada por la Doña. Abrió y cerró varias veces su boca de labios finos sin poder decir nada, sus tetas subieron y bajaron, sus pezones tristes tras el blanco del top. Se paró, se cruzó de brazos, ahora se sorbía los mocos.

Cuando volvió a darse vuelta yo estaba sentado en el borde, las piernas temblorosas, y respiraba hondo para ahuyentar la arcada. Puso una mano bajo mi codo. Nos miramos y era el retrato vivo de sí misma, era la Turca de las estrellitas, la descalza sobre cristales, a la intemperie, fue en un mareo todas las Turcas que iba a ser hasta llegar a la final, más pálida que este pañuelo, todas saldrían de ese segundo de sus ojos negros, al revés que en esas películas de la muerte que cuentan, y resbalarían por sus mejillas, brillando, para perderse de sal en su boca.

Antes de desmayarme llegué a dar una vuelta completa alrededor de la cama.

Cigarrillos en el cruce entre los dedos amarillentos manchones y la cara de Cúper, dientes tallados por tormentas, labios gruesos, pómulos de papel maché, la trompa se adelanta al resto del cuerpo casi como el atado que ofrece, ¿un cigarrillo? Otras reverencias: el velador inclinándose hacia el suelo como un hongo, las pilchas partidas por el alambre, mi cuerpo que se inclina, torso vertical al servirme. Aparte, la malaluz asomada desde el pasillo a través del marco de la puerta. Antes de decir que se llama Cúper apoya una mano en el lomo de la silla, se estira para darme fuego. Se la señalo. Cambia de mano el encendedor. Vuelvo a apoyar la nuca contra la pared, estiro las piernas. Veo la palma de su mano. Lo veo mirarla. El humo me entra en los ojos. Cuando los abro está en cuclillas, examinando el asiento con dos dedos. Uno de los alambres que lo unen a la armazón de madera está cortado y las patas oscilan. Al fin se sienta, dice que se enteró que trabajo en la Biblioteca, que él la conoce bien.

Nos escupimos el humo como dos crotos que se hubieran encontrado un mazo de cigarros y lo apuran en un vagón de tren con el suelo todavía sucio de un cargamento de fardos de alfalfa, en esa fresca, aromática penumbra. Se oyen los grillos, el cabeceo de las señales, las maniobras. De golpe, sin decir una palabra, antes de que el fulgor en mis ojos me delate, me abalanzo encima suyo y aprieto su cabeza de costras entre mis manos, la sacudo contra el piso seco, nudoso, apacible del vagón. Se oye un reguero de pasos entre las matas.

Alguien se asoma y me ve, de rodillas sobre su vientre, buscar los puchos, las porquerías que encanuta. Cosas de linyeras, piensa, y se aleja. Armo un pesebre en un rincón, me recuesto y fumo. Me quedo mirando el humo atravesar los planos sucesivos que proyecta la luz a través de la junta de las tablas, techarnos. El otro es un bulto de ropa que tiembla, se acurruca.

Pero insiste sírvase o servite, mantiene el paquete entre unos dedos exageradamente

largos y finos, dedos postizos para lo bajo, lo blando de Cúper que enrosca las piernas alrededor de las patas de la silla, dice no es para enojarse, y que si llegó a saberlo él es porque ya están todos enterados. Dice que hay quien le reprocha, mi mujer o ex mujer, ahora estamos, cómo decirlo, distanciados, se le mueven las manos a la altura del pecho como hojas de una puerta vaivén, las cierra, precisamente ser el último en enterarse de las cosas que pasan a su alrededor. A mi alrededor, como si lo que me pasa estuviera dónde, en ninguna parte, acá, como si, qué sé yo, vuelve a aplastar las manos bajo los muslos, frases hechas, esas frases más que hechas son hacedoras, lo que hacen es hacer que uno sea como dicen, es decir, no quiero que crea, que creas. Yo he hecho cada cagada, dirá.

Vos no eras así, repetía su mujer, dedicada a despintar lo que quedaba de una uña con otra, mientras la mugre que él había ido conteniendo se filtraba por debajo de todas las puertas. Porque yo vengo de destrozar una familia, ojo. Eso es fácil, digo. Familia, dice: traje ceñido cuyas costuras son humanas. (Geom.) Una con una línea los puntos suspensivos. (Fam.) Hogar. ¿Hijos? Un no inaudible, hundido en mi garganta y ojos clavados en el hilo azul que sube. Mejor, dice. Una mujer de la que sólo queda una madre, dice, como la fruta fermentada en licores. Sin pulpa. Y las exigencias. Una madre que no entiende a su hijo algo gordo, algo angurriente, distraído precisamente por prestar exagerada atención a más cosas a su alrededor de lo que ella considera lo normal, en las nubes, como se decía, si yo hubiera tenido tanta sensibilidad, dice, inventiva, rótulos, sería más que el presunto personaje de una película que no se rueda, aunque quién sabe cómo es. ¿Cómo? Un cigarrillo, digo. Disculpas, acá tenés, tiene.

No te preocupes, digo, arrojándole el salvavidas del tuteo, y mientras traga aire, se acomoda o enrosca el mechón que le ha caído sobre la frente para que vuelva a ocupar pozos sin pelo, la puerta suena, se entreabre ensanchando el volumen del prisma de luz

que ahora nos complica, una voz guasa dice de verdad. Pasos de más de una persona, murmullos, otra voz ríe, dejáme, dejáme.

Esto no es nada, dice, volviendo a su asiento. La brasa del cigarro, acovachado en la mano hueca, humeante, brilla sus dedos que parecen tener una sola articulación. Esta luz es óptima para fumar, dice, dejando que el humo se filtre entre las palabras, separa las cenizas con el meñique de la misma mano, asiente. Asiento, hago aros. Larga dos columnas picantes de humo por la nariz. Lo suelto de comillo, como diría Rega, que al día siguiente, enterándose quien estuvo, me va a decir: así que de amigos con el filósofo, me goza zapateando unos pasitos de canyengue, y la Turca, pará, uf, fastidio, qué lata. Es como una pesadilla, te juro, una lombriz larga que me entraba por una oreja y no encontraba el camino para salir por la otra. Qué bicho. Sin embargo yo voy a ayudar para que las siluetas recortadas del cuerpo de Cúper y el mío se posen sobre el espacio en blanco de otros paisajes, su pieza, en los pisos superiores, el pasto que encierran los dos carriles del boulevard, el bus, la ribera, el parque, una noche la antesala del sótano, siempre dibujados, entre nuestras cabezas, globos que transcriben mis preguntas sin signo de interrogación, el relato del curso de su travesía en la Biblioteca, desde su partida del puerto más pajero, lo que llamaba una erótica de bolsillo, escenas sin entusiasmo, poses, humo de hazañas hechas para que tosan otros tipos, hasta su entrada a la auténtica literatura.

Por ahora, cigarrillos. Desde el fondo de la garganta, estirando la mandíbula, como si quisiera eliminar el humo que tragó en los últimos diez años, dice que hizo cagadas. Epocas que andaba como drogado de angustia. El aire en los pulmones parece gas, espeso. Sin pensamiento o sin otro pensamiento que el que le envaraba los brazos, las piernas. Eso no es pensar, dice, repetirse qué hago, por qué, rebotar entre esas dos preguntas. Rehén, qué palabra. Rehén de la angustia que no me dejaba más que

hundirme más. Cerrado hasta al aire, pasaban horas en las que no sentía haber respirado; mudo. Caminaba y mi angustia veía una señal en cada imagen. Si había sol me lo reprochaba, sintiéndome indigno. Si había bruma o una tormenta arrasaba media ciudad, peor. Es así, sonrío, cada instante es el peor.

Te molesta, digo, señalando el inodoro. Concede con la palma de la mano hacia arriba, ladea la cabeza. Dándole la espalda me bajo el cierre, saco la pija. Espero aflojando el cuello, que cruje, los hombros, giros de trescientos sesenta grados.

A vos, oigo que dice, las veces que te vi me pareciste un alunizado. Evito darme vuelta. Que cómo es eso, dirás, dice. Recuerdo el correr, el murmullo del agua en su zanja, un manantial. Como un viajero que no entiende una palabra del idioma que hablan a su alrededor. Lo oigo chupar el cigarrillo, sopla el humo, pienso en la historia que viene de contarme, del tipo con la venda sobre los ojos sintiendo como la mina fuma y le chupa la pija al mismo tiempo, recibe las caricias del humo en la cara y se emociona como un fiel ante el milagro, pienso en la extraña energía amistosa que nos ha envuelto, el chorro repiquetea contra la lata del inodoro, débil, necesario, cuando lo miro Cúper está diciendo los abre y ve caras, muecas que no hubiera creído posibles, no sabe si un grito es de alegría o qué, una máscara, otro sólo. Lindo, ¿no?, inventar teorías con un cigarro entre los dedos. Es indispensable, dice.

Como un pájaro en el aire oscuro de la pieza entran sus ojos, que parecían seguir la batalla desde una elevación del terreno algo alejada, ágiles, casi recién lamidos, dejando que la trompa haga el gasto mientras eligen el instante, marcan sobre el cuero del rival el punto en el que van a hundirse. Fijate, dice, que cuando entré por primera vez a la Biblioteca pensé que sería otra de esas fichas a la marchanta, que uno desperdicia cuando cree que todo le da lo mismo.

Diciendo la Biblioteca con voz amable, firme, sin extender la formalidad de una mano que se ovillaba en su bolsillo, Rega aclaraba no sólo que esa entrada me correspondería o yo a ella sino que la otra, la del frente, a partir del instante en que sonara el clic de esa foto y entrásemos definitivos a través del arco ribeteado de costuras amarillas y negras del portón, a cuyos pies, un charco un espejo, la Turca me alisaba las solapas del abrigo, su abrazo, que la otra a partir me estaría vedada con sus ojos de boulevard. ¿Estamos todos? Poné los fideos, dijo, avanti, golpeá que te van a abrir.

Un pasillo oscuro, abovedado, ahogo, la mano de la Turca un amuleto rojo entre las mías, desde detrás de la tela ligera de los párpados pude percibir que pasábamos ante una campana de luz, cabeceos de rutina, rezongó el motor del montacargas, uso exclusivo para transporte de materiales. Donde la escalera abría su abismo, yo mi boca, Rega su americana para descubrir que no tenía fuego, pedirme los fósforos y quedárselos, el techo se estrellaba de unas gotas que sin caer ni absorverse sugerían lo sofocante, la densidad, lo elástico y húmedo de ese ambiente en el que sólo el abrazo de la Turca me sostenía. La bajada fue de bromas de biyuta, de disimulo. ¿Y si su brazo al rodearme, si su hombro muleta bajo mi sobaco le servía además de apoyo, si éramos los dos, pienso ahora, a la luz raída de los acontecimientos, a cada peldaño que quedaba atrás, las piernas de papel, dos sostenidos?

Ya en el subsuelo, un bosque de columnas de hormigón y escaleras angostas metálicas, nos separamos. Yo fui a parar a una puerta que decía Personal. En otras se leía Cocina, Contaduría, Vigilancia, por ahí iba a perderse entre otros Rega, pararse ante una pared de pantallas barajando un cigarro cada cuarenta minutos, un termo de café, diálogos a los que el poco énfasis, lo reconocible, despojaban de cualquier efecto obsceno.

De una a otra de esas pantallas debió haber pasado mi imagen llovida, al principio de

pie en una sala, amaestrando un pucho para que se me quedara sobre el bigote o entre el labio inferior y la pera, frotándome la barba de dos días con el filtro, susurro de insectos, se abre la puerta, lo guardo y entro de frente, adusto, los hombros azules de la camisa del empleado, tránsito de papeles, mi pelo mancha la fórmica del escritorio, la birome fino muñón hacia cámara, él se inclina, su espalda transpirada más azul, un círculo incandescente en su cabeza quema la imagen, aquel pucho entre mis dedos húmedos, ya pasillo, mujer, no me mira, se aleja taconeando como si nuestros fuegos fuesen incompatibles, en el monitor de la derecha se desmorona una pila de cajas, apunto con el cigarrillo al tipo de delantal gris que las junta, entro en su cuadro, cuando me ve, no, sonrío, más adelante se va a llamar Figueroa y dirá que hace diez años que no fuma, más, o yo mismo con delantal gris emergiendo del cuartito de los útiles de limpieza, abrazado a un escobillón, barro algunos monitores, en otros me prohibieron expresamente la entrada, a la salida, Rega, que esperaba encogido en el coche, frotándose las manos entre nubes de su propio aliento, se apuró a asomarse por la ventanilla: ¿tenés fuego? Se tanteaba los bolsillos, buscaba en el piso, en la luneta. Así hasta que llegó la Turca. ¿Tenés fuego? La Turca revolvió el bolso en el que nunca encontraba lo que quería, dijo qué te reís, tomatelás, che, no doy más.

Rega dijo que yo había perdido casi veinte minutos en el baño, que me habían visto desfilar frente al espejo con los brazos extendidos, abiertos, cruzados, en jarra, rozar el cielo raso con la punta de los dedos, hacer las muecas más ridículas, tanto que los otros preguntaban si yo estaría bien del bocho y de dónde me había sacado. Dijo que no fuera perejil. ¿Y a vos qué te pasa? Largá, dijo la Turca, abrazando su bolso, el mentón contra el pecho, vos sabés lo que me pasa.

Tironearon un rato, como dos mendigos de la misma moneda, hasta que la autopista los calló. La ciudad de noche era un fusilamiento.

La Biblioteca ocupaba un edificio circular de dos plantas, totalmente blanco y sin ventanas. Se levantaba en el centro de un cuadrado de césped verde mantenido siempre al ras. Nada se interponía entre la fachada blanca, inclinada hacia el cielo, del edificio, y la avenida de circulación doble de enfrente. Sólo una pared de grueso silencio, perforada cada tanto por una avispa, que parecía rodearla y acentuaba su aire de gran barco blanco encallado.

La puerta de vidrio de la entrada reflejaba un par de columnas clásicas, la faja de mármol del piso, arriba nubes, y a espaldas del hombre que buscaba su tarjeta en el interior del abrigo, o se inclinaba y acercándose apoyaba el dorso de la mano en el cristal, el camino hecho de círculos de mármol blanco incrustados en el césped, y al final del camino, vagas, las olas del tránsito.

A los costados crecían algunos abedules endeble y sin cáscara, la flor del riego. La pared del fondo, el portón por el que entrábamos nosotros, daban a una calle de casas bajas, familiar.

La diferencia entre la Biblioteca y ese mundo que pasaba por la avenida y por la calle trasera, la misma cortina de silencio y quietud corría adentro, entre el subsuelo y la planta principal.

Esta estaba construída como una espiral de nueve círculos. La puerta de vidrio daba a un pasillo que los atravesaba a todos hasta llegar al centro, una habitación circular de seis metros de diámetro, la sala de archivos. Cada círculo estaba formado por un pasillo y una serie de habitaciones contiguas, con una puerta al frente y otra disimulada en el interior que daba a otro pasillo, también escondido. Las paredes eran muy altas, blancas, y un reflector puesto a siete metros de altura echaba una luz también blanca. Después, sólo los picaportes, el número sobre cada puerta, el lector de tarjetas, los ojos negros de las cámaras, equidistantes.

Adentro de la habitación sólo había una butaca de piel con apoyabrazos y una especie de casco, un aro de vidrio y metal que cubría desde la frente hasta la boca del que se sentaba, ajustable en la nuca. Un perchero. Sobre la butaca, adentro de una bolsa de aluminio, esperaba el traje sensitivo, una malla entera de goma fina que se pegaba al cuerpo, desde los pies hasta el cuello, descartable. Bajo la superficie suave de esta malla se veía una trama de hilos de cobre.

El pasillo secreto lo recorríamos los de limpieza y alguna vez los de vigilancia, cuando las cámaras cantaban algo raro. Era un pasillo angosto, en el que el balde chocaba contra las paredes. Se entraba por las escaleras negras metálicas del subsuelo. Era raro cruzarse con alguien, abajo, entre escaleras y columnas, o saliendo o entrando a los diferentes sectores, y en ese caso el reglamento prohibía cualquier contacto. Otra regla impedía pasar a sectores que no fueran el asignado. Otra, la principal, el uso de los servicios de la Biblioteca a los que trabajábamos ahí.

Según Cúper, la Biblioteca era otro experimento de los laboratorios del Estado. Hablaba de avances tecnológicos, sociales, médicos, contaba historias que probaban sus especulaciones, citaba artículos, me hacía preguntas oblicuas, tratando de obtener información, terminaba cayendo en el pozo de las confesiones, en algún momento me dormía y despertaba sobresaltado y él seguía hablando, había sido apenas un minuto.

A veces alegaba contra la posibilidad de que lo estuvieran usando como rata de laboratorio. Otras, se veía a sí mismo como el que experimenta y a la vez la materia de una investigación sin fin que afrontaba con asombro, ciertas pautas, pisar el último cigarro en el mármol del pórtico, la demora en desvestirse, colgar su ropa de arrugas, de manchas, con la ocurrencia de ser uno de esos señores que han dedicado su vida al goce y aprendido que se cuece mejor a fuego lento, un nombre falso, el inevitable abandono del hogar. Casi como un agente secreto, en una misión que lo llevaba del escondite del

edificio a la Biblioteca. Desde la primera tarde le había quedado una manera de caminar por esos pasillos, la espalda rígida y los hombros hacia atrás, un rictus de desprecio, la ilusión de ahí adentro ser otro aunque pareciera desagradable. No había, igual, quien lo apreciara. Atrás de las curvas de los pasillos no desaparecía nunca ningún perfil. Igual disfrutaba viendo esa imagen suya reflejarse en la otra puerta de vidrio, la de la sala de archivos, a medida que se acercaba. Era él y al mismo tiempo era otro, y en minutos podía ser otro, y otro, y otro, y otro. Medio metro antes de pararse frente a ella la puerta se abría automáticamente, brotaba ese olor a alfombra, a plástico, seis pantallas parpadeantes en semicírculo, la desmesura de la oferta, un principio de angustia que desaparecería al salir, de nuevo firme sobre sus rodillas, paladeando el número de habitación en la memoria. Se dejaba llevar por el curso de las curvas. Ya ante su puerta pasaba dos tarjetas por la ranura del lector y volvía a guardarlas, mientras esperaba que se encendiera la luz, en el portadocumentos adonde se marcaba la ausencia rectangular de tres fotos, como en las paredes perdura de otro color el paso de antiguos cuadros, y después entraba.

Temple no sintió abrirse la puerta, ni el sonido del picaporte: clausura. Popeye, sombrero en ángulo sobre la frente, fue hacia la cama despacio, mientras Temple, también despacio, danza, las sábanas hasta la nariz, se encogía sobre su propio cuerpo como víctima atada a la torre de una iglesia, su boca suspendida en una sonrisa rígida pálida conciliadora, empezó a gemir en cuanto él le puso las manos encima.

-No, no, el médico dijo que por ahora no puedo, dijo que.

Susurraba. Popeye le arrancó la sábana. Ella inmóvil, las uñas hundidas en el

colchón, sus ojos fijos en el repliegue del paño que le cubría los muslos y ahora dejaba ver bordes del vello, la boca de Temple, él la tapó, saliva burbujeando entre sus dedos, se manoteaban las muñecas, pudo, ya encima, para que no grite, gordo, el cuerpo, en violenta distorsión, los labios púrpura hacia adelante como si estuviera soplando la sopa, emitía un agudo relincho de caballo.

Cúper habla de sí mismo en tercera persona. Yo lo más bien en mi cama, dice, una mentira como señuelo, relojear si engancho o no, si pico, pícaros los ojos que lo desmienten, la risa. Es un comediante que usa la mirada como pie y después como aplauso. En mi cama, dice, golpean, toc toc toc, aparece este tipo que no me acuerdo cómo se llama diciendo Cúper, ¿se acuerda?, ¿te acordás?, yo lo más choto en mi cama, pensarás qué querrá este tipo, dice, separando los brazos del cuerpo hasta dejarme ver que si fuese un soldado no llevaría armas, ocultando que no son esas las armas de Cúper a temerse.

Cúper, repite, mientras su mano humedece la mía, y cuando se resigna a no escuchar ningún nombre la suelta, recupera de los labios el cigarrillo que lo obligaba a echar atrás la frente y entrecerrar los ojos, alza la silla y se sienta con el pecho contra el respaldo, sentáte nomás, dice, usurpando mi voz, eso si, no me ensucies con los puchos el piso, disco de risas.

Se pone en mi lugar, en mi piel, mira con mis ojos la ventana sin brillo, la pared desconchada, el clavo del que aún no cuelga ninguna prenda de amor, la horca de ningún dedo, ve lo que veo yo, la barbilla casi inexistente de Cúper contra el borde del respaldo, sus brazos inertes, los rombos azules, blancos y grises trepando por sus piernas.

Una araña baja del techo por su hilo invisible, sus patas finas tantean el aire, se pliegan y apoyan inseguras. Así permanece entre los dos, suspendida.

Más allá de la pared, de sus ojos de ladrillo, alguien, Dolores, enciende la radio. Vacila entre unas trompetas demasiado alegres y las noticias de las ocho, pisa cadáveres de locutores y entrevistados, es como si viera su mano de dedos suaves por ahora sin anillo impacientarse, volver atrás, fijar, al fin, en el aire, unos violines nítidos, primos del llanto, la veo alejarse como si sus movimientos pudieran desestabilizar la música,

los dedos patas de araña se posan sobre cualquier objeto secundario, un pedazo de tela o el mango de la escoba, algo que más tarde pueda retorcer ante la entrada amenazadora de un tambor o del hombre, algo que apretar contra el mismo pecho al que se le escapa lo contrario de un suspiro, antes de decir me asustaste, en un soplo que le devuelve aire sobresaltado al aire, me asustaste, y se arreglaría un mechón que le cae si no necesitase las dos manos para apretar cualquier cosa contra el pecho, cuestión de que el hombre en el umbral entienda, sin necesidad de buscar en el Diccionario de los Gestos, que se protege de él, que lo rechaza. El o cualquiera que la distraiga de la criatura, que intente separar la boca del chico de sus tetas blancas, plenas, de la corona parda del pezón.

A él, que viene de juntar desperdicios y seguramente le pican los ojos y le pesa la cintura, se lo oye decir ya vengo, sus pasos al alejarse, precipitándose por la escalera. Va a volver mucho más tarde, cuando Cúper ya se ha ido y el sueño se arremanga sobre el edificio, reclamos con una voz que no maniobra bien en algunas consonantes, se estrella contra el escudo de Dolores, se oirán forcejeos, chillidos, ella que susurra dejálo, duerme y él, como al fin entendiendo, como divisando una salida más allá de la bruma, dice entonces. Entonces que sugiere entrecejo contraído y mano abierta en alto. Entonces, con la segunda ene que seguirá vibrando sobre esos suspiros invertidos que ella sabe dar, ahora más profundos, y sobre otra vibración, ésta acotada, de los resortes de la cama, o los pasos de los dos en danza y el choque de la espalda de ella contra la pared. Prefiero imaginar que no llega a penetrarla, que entre que se baja los pantalones y saca el choto crecido pero blando, mientras con la frente entre sus tetas la aprieta contra la pared, viéndoselo, y al ver la mano de Dolores, al sentirla, acaba rápidamente, entre visiones, en el delantal que ella con intención se había dejado puesto.

Lo que no llega a ser una brisa, el roce leve de un aire apenas más tibio, me hace abrir los ojos. A un metro de mi cara, Cúper sopla. La araña se bambolea como un

péndulo. Cuando se frena Cúper sopla de nuevo. La araña se acerca a mi cara, a la suya, apura un escape vertical, pavoroso, patina en el aire. Cúper me sonrío, la cara ladeada, los párpados caídos, copiando lo que debía ser mi cara. Qué te pareció, dice, lo que te conté, no dormías, ¿no?, afirma, no pregunta, riendosé. Ahora, tapando por un instante los violines, se oye el portazo del hombre, sus pisadas en el pasillo y la escalera, el llanto de la criatura que tarda en diluirse en hipo y parar.

Oías la música, dice. Así que nos gusta la música, dice frotándose las manos, poniéndose en mi lugar. Y me mira, mendigante de una palabra que le sirva para seguir imaginando. Vuelve a la tercera persona. Qué querrá este tipo, dice, ríe, levanta las manos y las deja caer con ruido sobre sus muslos. Cúper habla siempre de sí.

II

La vida hueca, relatos de estopa dándole cuerpo al tiempo, olor a detergente y nuestra imagen impregnada sobre la puerta de los hornos en la cocina de la Biblioteca, pared que más que reflejar nos desdibuja, como un espejismo, esquivando las manijas de madera. Formamos una figura familiar, folclórica, cruz de cuatro cabezas, corral en el que roncan las cartas o un mate muerto de sueño.

Qué va a ser trabajo esto, dice Figueroa, que sufre la falta de acción como una ofensa. Se para sobre dos piernas que parecen paréntesis y encara la pantalla. Así la toca con la frente, dejando un beso de vapor en el vidrio, vuelve a sentarse, gastándose las palmas de las manos contra las rodilleras del pantalón gris. Viene de pulir todo lo metálico, barrer varias veces el piso, menos de lo que él quisiera. Yo también tengo que ocuparme con algo. Si sonara el aviso Valerio iría a plantarse frente a la pantalla a tiempo para ver la aparición, letra a letra, de la orden, mientras nosotros nos alineamos un par de metros atrás esperando su voz innecesariamente imperativa, que en vez de envolvernos se eleva sin dominio. Figueroa saldría como el rayo repitiéndose sobre una pierna y otra, el Francés, su falsa indiferencia, mi imagen abollada en las puertas esperaría que le digan dónde llevar el pedido, sin demora, sin ver a nadie, como un fantasma. A veces, ese revuelo por un vaso.

Qué más quieren, dice Valerio. Pero Figueroa lo que no aguanta es orejear la punta de su disolución y yo mismo, por momentos, creo merecer otra cosa. Aunque no seamos más que cuatro maneras de contar.

Solos en el cuartito de limpieza, repasando los baños brillantes, protegidos por el

barullo de la aspiradora, Figueroa se confiaba. En su imaginación o recuerdo pasaba siempre la misma película: la frontera. El silbido de un viento feroz que aún le parecía oír, que moldeaba a su gusto, igualándolos, piedras y hombres. La soledad. Al menos, siempre había algo para hacer, trasplantar árboles, talarlos, limpiar el lecho de un arroyo, una vuelta hasta había querido decapitar un monte para que en invierno el sol se estirara unos minutos más sobre su tierra. Nada peor, más ridículo que el presente.

Lo del Francés, casi enajenado, era una larga agonía, inventar ínfimas, sutiles variantes de sabores que festejaba ante nuestro silencio, como si todavía piloteara la cocina de un trasatlántico. Sus relatos, filtrados por el idioma y la dentadura postizos, incómodos, incapaces de transmitir la mordacidad de sus réplicas a choferes y valets, mozos de cuerda, almirantes, la gracia que habían sabido degustar personajes notables que ninguno de nosotros conocía. Era el único que había viajado. Cuando explotaba esa veta no sólo lo oíamos atentamente sino que hasta el más miserable creía poder transplantarse, volar. De los bolsillos del Francés salieron, entre otras cosas, una moneda de oro puro que rodó entre nuestras manos venerada como el sol, iluminándonos las caras, y cada uno la sopesó en el aire, olió la proximidad del cofre rastreado desde hacía tantos años, repleto de piezas idénticas, con la imagen de tres cumbres y en ellas una llama, una torre, un gallo, y en cuyo borde se leía República del Ecuador, Quito. O un birrete blanco, rústico, que nos probamos frente a la puerta de la cámara frigorífica aguantando el aire, las manos en la cintura, más la foto en la que el Francés, con ese mismo birrete, ya amarillento, una túnica hasta el piso, fondo de árabes, flanqueaba un dromedario, el pelo del animal sucio como si viniera de alzarse del barro y no de una tibia almohada de arena, toda la carga de la descripción del dromedario puesta en la aparente fragilidad de sus patas al flexionarse. En ocasiones, sus historias se hamacaban hasta caer tumbadas por el calor contra los adoquines.

No solamente muerto el tiempo. Alguna ausencia mordía la raíz de cada historia. El que es pobre, decía Figueroa, cuenta de cuando se llenó el buche, el rico, de cuando le faltó. Así justificaba, las pocas veces que vimos su voz aguda girar en la rueda, la abundancia de datos referidos al sacrificio de animales, la faena, la fiesta de hastiarse y acumular a la que daban pie el cambio de estación o un casamiento.

Para Valerio todas las oportunidades eran buenas para hablar bien de sí mismo. ¿O no? decía, inclinando la cabeza, pedido afectuoso de aceptación según el Diccionario de los Gestos, los hombros encogidos, una mano que de repente podía estrujarnos el brazo, ¿o no?, la otra apoyada sobre su pecho, sinceridad, imposición de un límite para el cuestionamiento de una convicción íntima, un guiño de ojo con el que fotografiaba nuestra cara de otarios. Sin nada que decir, agarrado a las jerarquías como a los tiros de un paracaídas que no abre.

Yo nunca conté que una mañana la luz, la calma que aparentaba flotar entre el polvillo en la pieza de Dolores, más allá de la puerta entornada, alrededor de la criatura dormida, un halo, un préstamo de azúcar, me habían incitado a entrar en silencio, a no quebrarlo arrastrando una de las tantas sillas junto a la suya hasta que el Diccionario de los Gestos, a punto de perder las tapas, cayera de fauces sobre su pulóver y ella girase su cara hacia la mía, mientras dos dedos pinzaban un mechón quién lo hubiera dicho húmedo en las puntas detrás de la oreja. Qué importa de qué color eran el pelo, los ojos. Parece que yo siempre me estaba pasando las manos por la cara, alrededor de la boca, como si no me animase a expresar pensamientos, y por las sienas y la frente como quien peina: preocupaciones. Dije que de dónde lo había sacado. De verlo, dijo. No, dije, el Diccionario. El chico parecía de una propaganda de colchones. Se lo había traído el hombre, eso y una pila de revistas de la que recortaba recetas, páginas con moldes de costura, consejos que nunca practicaba y cada tanto iba a repasar, como un álbum de

fotos de familia. Pero el Diccionario se le había pegado a los dedos cortos, teatrales, inconvenientes para incautos, era una compañía, una persona con quien charlar de los otros. No nos tuteábamos pero sin decir la palabra usted. Ella era de sostener la mirada incluso al servirse uno de mis cigarros, incluso al encenderlo. Fumaba medio sin darse cuenta. El imán de la cuna nos hizo girar las cabezas, sonreír. Hablaba de su padre. Lo más cerca que estuvimos fue la yema de mis dedos a la pelusa electrizada de su antebrazo, la impresión, viéndolo dormir a través de los barrotes de madera, de que así como ella aseguraba que su padre aún vivía en la cara del chico, en la ñata y los ojos rasgados que funcionaban como una válvula para la desconfianza o el asombro, íbamos juntando gestos ajenos como souvenirs. No, por favor. Sus antebrazos en cruz sobre el pecho, los puños cerrados, un brillo en el borde de los párpados que no llegó a derramarse.

Pero no. Mi estilo era el silencio, boca cerrada, asentir, una sonrisa floja y el labio inferior brillante. A lo sumo, por compromiso, iba a ensartar mentiras, amasaría una pasta en la que el pasado se hiciera irreconocible, especialmente para mi, y a concentrarme en mi voz, verla trepar, grave, tropezando, sobre escombros de consonantes, hacerse ancha en la boca de embudo de la vocal, venir música.

El que tocaba la viola era Rega. Nunca lo llegué a ver, pero a veces en el aire del pasillo vibraban, débiles, unos acordes, y más tarde, sí, la funda a rombos en un rincón de la pieza, pero antes la Turca con las manos unidas sobre el pecho diciendo no sabés lo bien que toca, los párpados bajos, de repente ruborizada, de qué se ríen, tarúpidos, lo único que faltaba era que se metieran con su música, esos parches de paz cada tanto. Ella cebaría los mates o dándole unas puntadas a un dobladillo y él sin zapatos sobre la cama, la espalda contra la pared, usurpaba tres posiciones: cabeza caída sobre el pecho de madera de la viola, casi besando las cuerdas, cabeza levantada, mentón en alto y en este caso voz clara, o labios estirados hacia adelante, en dirección de la compañera, ojitos de cuis, copla pícara.

Milongas, más que nada, cadenas de eslabones monótonos, aprendidas en la penitenciaría, de donde, también, ese estado medio de momia del tiempo, de piedra, como si viola, además, significase, necesariamente, rejas. También de ahí los versos pornográficos sobre melodías conocidas, o enhebrar, en voz baja, distraídamente, una puteada atrás de otra.

Rejas que tenemos todos, decía Rega. Reja la madre, el padre, la mujer, los hijos rejas. Eso lo había aprendido en las horas huecas de la cárcel. Daba un trago, hundía los dedos en el pelo sobre la frente y me miraba desde atrás de las rejas tatuadas para siempre en su cara. Ojo, decía, que yo soy un agradecido a la cárcel. No, ojo. Yo aprendí los límites, adentro. Primero había aprendido que existen, después a distinguirlos. Desde lo más insignificante, los miedos desde pibe, que ni sabés por qué, la picardía, los vicios, hasta los más poderosos, el cariño, las virtudes propias, la lealtad, todo lo que aprendiste a respetar. No hay errores. Rega pensaba que lo que llamamos error es la manifestación de un límite. De eso solamente te avivás adentro, decía, después que te diste cuatrocientas veces el mate contra la pared. Cuando andás en la

calle y te creés que sos libre estás sonado, que porque vas para allá, porque venís para acá, mentira. No sos nada, sos boleta. Después te cierran la jaula y empezás a ver que las rejas alrededor las tuviste siempre, aunque no te dabas cuenta, creías que hacías lo que querías, la pindonga.

Cuando dinamitaron el edificio de la penitenciaría, Rega, como tantos curiosos, siguió el operativo desde la autopista, algo del polvo de la explosión se le pegó a la cara. Eso mató a más de uno, ese día se terminó la libertad. Si no hay adentro no hay afuera, decía, no hay límites, es todo lo mismo.

En el espacio neutro de mi pieza, estático, casi sin gravedad, como el interior de esas cápsulas espaciales ancladas en el aire, ajenas a los astros que giran a su alrededor, inmóvil yo mismo, y callado, sobre la cama, los oía andar a través de sus historias.

La caverna nocturna de una mano, iluminada durante un segundo por la llama del encendedor, lo transportaba, a Rega, otra vez a la celda, a una pareja de presos, uno lindo, suave, epiléptico, el otro con la piel comida por una quemadura desde el bigote hasta el cuello, todo alrededor de la boca, como un barbijo. Este no dormía. Pasaba toda la noche en el suelo frío, junto a la cama del lindo, y a cada rato prendía el encendedor para iluminar su cara lisa y frágil. Así todas las noches. Si uno estaba cerca podía escuchar el chistido del encendedor, confundirlo en el sueño con los insectos del campo, su ritmo constante hasta el amanecer.

A la Turca, la hacía acordarse del tipo que ocupaba una pieza vecina a la suya, y que parece que lo mismo, toda la noche, cri, cri, con el encendedor, a ver si estaba el paquete abajo de la cama, y adónde se iba a ir, terminó prendiendo el colchón, todavía se acordaba de sus muñecas de porcelana perdidas en el incendio. Llegaban del laburo, serían las siete, por entonces Rega la esperaba siempre en un bar y volvían juntos, pesadas las piernas, cebaban los últimos mates con una gota de ginebra entre desvestirse

y cambiar pocas palabras sin importancia, y de lejos vieron la columna de humo que subía ensuciando el amanecer, la gente sacando cosas a la vereda, todo negro, agujereado, hecho una pasta con el agua y la ceniza y el humo que parecía sólido. Lo que todavía lamentaba la Turca eran las muñecas de porcelana. Había entrado a la pieza con desesperación de madre y ahí estaban las tres, negras pero enteritas, en el medio del desastre. En cuanto las quiso agarrar se le habían deshecho entre las manos. Nunca iba a perdonar al estúpido ese. Benavidez, decía Rega, lo había conocido en el norte. Abajo de la cama guardaba la guita del asalto a una clínica. Lo buscaban los socios y la naca. Tipo con chispa, decía Rega, se hizo humo, cagó fuego. La Turca juraba que si pudiera tener todavía una de esas muñecas sería feliz. No sabía por qué pero las había llorado más que a un muerto. Se sentaba en el cantero de la plaza, abajo del árbol que la protegía de la lluvia, y miraba a los tipos con una cara de tristeza hasta ahuyentarlos, y mientras se frotaba las manos frías, o se masajaba los pies, le caían las lágrimas.

Cúper también violaba el silencio con sus historias. Pero era el único que todavía trataba de hacerme hablar. Se quedaba callado él, y mirándome fijo, mientras inclinaba la cabeza alternativamente hacia un hombro o el otro, asentía. Ese silencio, derramado sobre mi silencio, a veces lograba perforarlo, y con el tiempo llegó a armar su versión de los episodios de mi vida, como le gustaba decir, que me habían llevado hasta ahí.

Arranca con una imagen, la de los dos pares de zapatos embarrados de las hijas del patrón entrando al auto y, de fondo, la cara de sufrimiento del chofer, que no se anima a pedirles que se limpien las suelas. Dos imágenes, mejor dicho. Todo doble. Dos autos, dos pares de hermanas, el hijo duplicando al padre.

El padre es el chofer, aunque no use gorra con visera ni diminutos gemelos dorados con forma de volante, ni alfiler de corbata haciendo juego, apenas la camisa celeste y corbata azul de ordenanza, el saco de otro azul, los pantalones grises, todo raído, sofocante. La madre murió apenas después del parto, y tenía una hermana que se terminó casando con él.

Es chofer por sobre todos los trámites, los mandados, las otras funciones que cumple ocasionalmente, y va a seguir siendo chofer cuando ceda el auto y pase a estar todo el día de pie junto a la gran puerta de cristal macizo de la oficina, el mismo uniforme, ahora anteojos, el mismo principio de inclinación del torso que cuando abría o cerraba las puertas del coche, la otra mano atrás.

El día de su consagración como chofer fue el de su renuncia al volante. La mujer y el hijo, que sin ser de ella se le parecía, lo acompañaron, por primera vez, a la oficina. El chico con una corbata que se perdería en las profundidades del pantalón. Horca o ancla a la cabeza encadenada, imposible ocultarla en el vagón en el que el padre revelaba su medida entre los hombres sin poder evitar los empujones a su mujer ni las miradas de ella.

Caminaron de la estación a la oficina, en la puerta estaba el auto y él le pasó una mano sin anillos por el techo azul a la intemperie.

Adentro los presentó al patrón. Le estrecharon la mano, su mano embellecida, las uñas en punta y a la vez redondeadas, ni largas ni cortas, bajo una capa apenas de esmalte. En la otra sostenía un llavero con una cadena de eslabones dorados y una

medalla contra la que hacía sonar sus uñas mientras el padre hablaba. Usó un tono solemne, copia de conversaciones telefónicas oídas con la nuca, mientras atendía al tránsito, a lo largo de tantos años de servicio, para decir que así como él, mejor que nadie, había sabido mantener la seguridad y la integridad de los desplazamientos del patrón y su familia, que apreciaba tanto como a la suya, en esa oportunidad él mismo, embargado por la pena pero orgulloso, por consejo de los facultativos, y en ese punto desplegaba la receta del oculista, la exhibía a la altura del pecho como un creyente las páginas de su fe.

¿Vamos bien?, dice Cúper, parándose de golpe y yendo a perderse en la sombra de un rincón. Afuera hay esa luz gris oscura que anuncia temporal, que se mete por el nylon de la ventana, emparda todo y viene a posarse, espesa, sobre nuestros hombros, aplastándonos de inquietud.

Oscuro Cúper, pita, aviva la brasa y se delata. Se asombra, se ve en su voz, que vibra, en cómo raspan sus pies el piso, en la excitación con que acepta esta imagen: el padre un monje consagrado a su auto, siempre sólo, aunque alguien vaya atrás, o a lo sumo con su reflejo en el cromo del volante o en los vidrios del tablero o el espejito. O incluso lo contrario: siempre sintiendo que lleva a alguien, aunque vaya solo, sea el valioso auto o su propio prestigio, su carrera de chofer.

Y que en una iluminación, por ahí pasaba sobre el lomo de un puente, a mediodía, calcinado, por ahí la copia azorada de otro automovilista en pleno embotellamiento le hizo ver la esencia de todos sus actos, descubre cómo inmortalizarse.

Pero no, el auto, el puesto de chofer, no son más que medios que mantienen al padre cerca del patrón. Mientras pueda abrir o cerrar una puerta al paso del patrón va a seguir creyendo. Por eso dice que la primera víctima de mi casamiento con una de las hijas fue mi padre. De ahí los gritos, los anuncios funestos, la queja quebrada. Ya no podría

mirar al patrón a los ojos, fugazmente, mientras le abría la puerta. Lo hubieran cegado, para no tener que esquivar la mirada del otro, sus pies ni su espalda al alejarse. Ni a las espaldas del patrón quedaba un hueco en el que pudiera seguir a salvo.

Pero, pará, se pide Cúper, recapitulemos. Todavía no te casás, no lo arruines, se festeja. La imagen del chofer que sufre por el barro en los zapatos de las chicas, cómo dijiste que se llamaban. Mirna la que iba a ser tu esposa, ¿no? La otra Mara. De dónde vienen, adónde las lleva. Suben con barro en la suela de los zapatos y él no se atreve a pedirles que se lo sacudan, ni siquiera a limpiárselos. Mortificado, esa es la palabra. Mirna la mayor, ¿no? La del cabello rubio largo ensortijado, que va a ocuparse en mantener como un tesoro. El que va a duplicar el brillo de los flashes la noche del casamiento, el que deja pálidas las alianzas compradas por su padre.

Pero paremos, dice, cuando siente que la historia se le va de las manos, que algo se aleja flotando a la deriva, lento pero irrecuperable. ¿Cuántos años tienen, cuatro, cinco? Uno de diferencia, pero no comparten nada. Parecen venir cada una de otro planeta. Mirna marcha protegida por la corona de su cabello. Las mucamas lo lavan, desenredan, cepillan, recortan y guardan en sobres de celofán, y a todas, en cuanto se distraen, Mara les debe revisar la cartera, las obliga a contarle sus historias amorosas, la vengaza de las mucamas es un desborde de escenas sexuales violentas que Mara ya no puede no oír, y atrapada junta material para las pesadillas, único indicio de debilidad, de sufrimiento. Digamos, dice Cúper, volviendo al auto, que mientras Mara goza la palidez del chofer, Mirna apenas advierte su presencia, y nunca aceptaría que sus zapatos pueden embarrarse.

Cuando vos las conozcas, o mejor cuando ellas te conozcan a vos, ordena Cúper, van a haber pasado quince años, pero los rasgos de cada personaje ya están definidos. Por eso extraña que sea Mirna la que de pronto, aunque, disculpame, pero que alguna de las

dos se haya fijado en el hijo del ex chofer del padre, chofer a esa altura sin auto y al que ni saludaban cuando les abría la puerta, negándole cualquier reconocimiento, la caricia de una mirada menos glacial que al resto de los empleados, un guiño.

O por ahí lógica es eso, que justamente Mirna ceda al impulso de levantar la vista y verte reflejado en el espejo de ese ascensor, de ver algo donde casi nadie ve nada. Lo de la hermana ya fue otra cosa, tendría que ver menos con vos que con ella, o con ella y la otra.

Arrancamos con unas costras de barro y ya tenemos un hombre y dos mujeres, dice Cúper, dos uniones casi simultáneas celebradas la misma noche una en la luz y otra en la sombra. Vas demasiado rápido, digo, queriendo burlarme. No digo: como diría mi viejo, vas demasiado rápido. Digo vas demasiado rápido y antes de dejar de decirlo me doy cuenta de que es la frase que me decía mi viejo, no que es suya sino que él es esa frase, y la sonrisa se me quiebra en la cara.

Ya es imposible esquivarlo, no terminar de oír a Cúper, no sentirlo en el fondo entusiasmarse pese a la voz ahora grave y pausada, a que la nombra en un tono más bajo.

El día del accidente iban en el descapotable de ella, dice, manejabas vos. La ruta en paz al sol, habían cruzado uno de esos pasos a nivel temblorosos y Mara se sacó la remera. El viento, como un desafío. Empezaste a acariciarle las tetas. Adelante una caravana de camiones, tu mano empastada de transpiración entre sus tetas. Dijo algo que por ahí no oíste bien. Igual habrás asentido con un gesto. Iban pasando los camiones de a uno. ¿Más gorda que ella? dijo. Que quién. Ella era de las dos la más flaca. Dijo que creía que no se le notaba. Vas a ser padre, o tío, como vos prefieras.

Entonces, me imagino, habrán pasado al viejo de gorra con visera que sacudió la mano, dale, dale, a sus tetas. Ella se reía. Tío de tu propio hijo o padre de tu sobrino,

qué familia.

Quedaron atrás de un camión que despedía arena. Ella, riéndose, te desabrochó el pantalón y quiso inclinarse. Cuando sentiste su mano muerta de frío reaccionaste y le empujaste la cara hacia atrás. Estaba furiosa. Cagón, decía, te trató de cagón. Pasaron uno que movió la cabeza como si fueran un caso perdido y otro hizo sonar su sirena de barco.

Sus palabras habían quedado flotando sobre tu cabeza, sin volarse ni entrar, así, en silencio, hasta que quisiste pensar es mentira, pero justo entonces una descarga de su risa metálica, hiriente, vino a convencerte que no. De la mano contraria, a lo lejos, todavía mudo, otro camión. A la derecha camiones como una pared y el de enfrente haciendo luces, ella ya no se reía, empezó a gritar en cuanto le pusiste las manos encima, a los arañazos, se jugó al volante, el tipo asomó la cara y el brazo por su ventanilla, agitaba el puño, no?, vos tratando de acelerar lentamente, taponarle la boca y sujetarle las muñecas, después pasó lo que pasó.

Cúper trata de hacerme reaccionar a la vista del atado de cigarros, lo agita hacia mí, azuza, uno baila en la boca del atado, fuego?

El humo da un respiro, va a la ventana y vuelve con noticias de truenos, la puerta se estremece, ninguna tiene picaporte, alguna un adoquín, como grillete, que la traba contra la pared o el marco. Cuando las nubes se descomponen y se levanta viento, se las oye rebotar, atontadas. El chico de Dolores se larga a llorar, ahora succiona frenéticamente traga. El viento pasa a través de las piezas y pasillos del edificio como por entre los huesos de un esqueleto. Levanta polvo, pibes gritones, ropa mal colgada,

hace que rueden botellas por la escalera, tintineo, el desenlace es contra los zócalos, un juego de amenazas.

Entra un paso en la pieza una mujer, una hija de la Doña. Boca sin dientes, sus ojos blancos, saltones, destacan de las sombras. Nos señala a cada uno con el índice, levanta la vista al techo y sale.

No fue la misma noche, pero Cúper prefiere ignorarlo. Menos la noche de la fiesta. Pero no me digas, dice, que no fue esa noche la que los unió, con cinta y moño para regalo, gracias a la curva inscripta en el aire por la mano de Mara en pleno vals. Cómo nadie pudo verla calcar con la palma de su guante blanco tu bulto en la seda del pantalón negro del esmoquin. Ni siquiera la madre, que vigilaba todo desde la lente combada de su copa y después, jugada la tragedia, diría estaba escrito. Mucho menos iban a oirla susurrarte al oído, por primera vez, la palabra cagón, y en cambio aplaudirían como gansos el gesto teatral con el que se desprendió de vos y te puso en manos de cualquier otra, el contoneo al alejarse por la pista.

Tampoco era de noche, nunca en lo oscuro con Mara. Dejó pasar un mes y cuando se acercó vos ya podrías confirmarle lo que ella no sabía que sabía respecto a su hermana.

Fue en el solarium, la sala de rayos ultravioleta en la casa de descanso de la familia, un domingo, si no me equivoco. Vos tomabas color, desnudo, boca abajo. De repente se abrió la puerta y entró, ya desnuda, Mara. Afuera había sirvientes, visitas, estaba Mirna. Por un segundo te sorprendió, más que nada, no haber imaginado que en el solarium, aunque era enorme, podían entrar dos personas. Pensaste en su ropa, tirada en el pasillo.

Otras veces iban a volver al solarium. Está ese supuesto tatuaje solar, la impresión de tu pija en su piel, justamente entre sus tetas. Vos tenías que mantenerte arrodillado, las piernas separadas, y ella se acostaría abajo, coincidiendo tu pija sobre su pecho y su lengua en tu culo. Ella era la artista y la piel de la obra, vos el modelo. Les llevó tres

sesiones, y todo lo que se podía aguantar con la radiación máxima, ver definirse sobre su pecho oscuro la forma pálida de tu pija, un hongo invertido, una especie de flecha apuntando a su vientre, su alianza de ese verano terminal.

Pero la noche después de aquel primer encuentro, con toda la familia reunida alrededor de la mesa, ella dejó escapar un grito, se mordió el pulgar, después se levantó sobre la frente un par de anteojos de utilería y acercando su cara a tu cuello preguntó qué te había pasado. Señalaba una marca de dientes que te había hecho sin que te dieras cuenta. Vos bajaste la vista. Parecía una cascadura del cristal de la mesa coincidiendo con tu imagen reflejada. No importa lo que dijiste entonces. Lo importante es que a Mara le encantaba oírte mentir.

Pero la Biblioteca pagaba. Una noche, volvíamos, estiré el brazo a través de la separación de los hombros de Rega y la Turca, hice chasquear el sobre contra el símil leopardo del tablero. La Turca sacudió sus bucles remotamente spray, vi su perfil luminoso según unos faroles que venían de frente, agudo en la nariz, el mentón, en el vértice del labio de arriba que se encimaba, y volviendo a fundirse con la sombra, qué decís. Había que festejarlo. Los frenos, el chillido de la Turca, el arlequín de pañolenci que colgaba del espejito no dejó de bambolearse mientras ella prendía un faso sin ofrecer, mal pulso, pitadas ligeras, reproches del tiempo que hacía que no se la llevaba a ninguna parte, y esas pilchas, usaba unos tacos largos finos que si no dejaba de patear el plafón de chapa ya medio podrida dijo Rega que se lo iba a destruir, se callara, a él, repodridos se tenían, humo los ojos, él a ella que aplastó su pucho de rouge con la punta desafiante del pie, dijo lo de Arnaldo. De una mordida negra en el asfalto retomamos, entre puteadas, rezongos, palmadas de euforia en el tablero.

Para el sur, la ciudad empezó a desdibujarse. Autos sin luces, edificios en ruinas, quemados, la sombra de un caballo, la Turca marcó el baldío en el que años atrás se habían descubierto unos bebés abandonados, aquella foto en la que aparecían, ya degradándose, unos sobre otros, como crías del perro que los encontró. Revivimos crímenes, casos siniestros, Rega contó del Castor Serna, de cómo lo había conocido bajo las chapas del penal. Un físico insignificante, decía Rega, la mirada fija en el camino, pura cabeza, puros dientes, más que nada. Muy cambiado. La religión, decía, es joda. Y medio kilómetro más adelante: parecía temible nomás cuando se limaba las uñas, abstraído del universo. O por la frialdad con que les contaba, con detalle, el padecer de sus víctimas, cómo mordía, arrancaba, digería sus mejillas, loco especialmente por las mejillas el Castor, los cobanis se cansaron de sus sermones acerca de la limpieza y la resurrección de la carne, dichos a los gritos desde su agujero, en

plena noche, de atarlo y desatarlo, al final figuró suicidio.

Lo de Arnaldo había sido aquel lugar donde los del ambiente se juntaban, para despedirse antes de un viaje, o después de una condena, un paraíso en el que pasaban por otro grupo de oficinistas, lejos de las recovas habituales, los boliches donde se los citaba con un cabeceo, los malos hoteles. Había, en medio de las mesas, una tarima a la que Arnaldo subía a amenizar las veladas: el público anticipaba el remate de viejos chistes, jugaba a hostigarlo, él: no tiren cosas que manchen, che.

Estacionamos junto a unos álamos. El río sería eso que no se veía. Todas las luces del restorán estaban encendidas, los vidrios empañados. En una mesa larga, gritona, festejaba una familia. Arnaldo, atrás de una pila de ceniceros, a sus espaldas un cartel soy el jefe y hago lo que se me canta, el dibujo de una guitarra de cinco cuerdas, otro hoy no se fía, la frente caída sobre los brazos sobre la antigua registradora negra. El maitre y uno de los mozos lo levantaron, se dejó abrazar, la imagen de la Turca se asomó a sus pupilas sin que pareciera acordarse, rebotó en su boca abierta muda, lo repusieron en su silla de mimbre palmeándolo, siempre al pie del cañón, dijo el maitre. Después nos confiaría, vigilándolo de reojo, su tragedia. Dos hijos perdidos, y la nuera, embarazada, de un día para el otro, para siempre. La señora ya ni iba, en cualquier momento se terminaba todo, kaput, o qué, otra desgracia. Castigaba el borde de la mesa con su tic de repasador.

Sobreimpresas a la mirada de Arnaldo, las de los mozos, dóciles, la de Rega, deformada por el vientre de la copa, después en blanco bajaría para aprobar, la gelatinosa fija del lechón, el hocico hundido en adobo. La Turca y Rega reencontrándose en un recuerdo que al otro se le trababa en la lengua lenta y rápida, sus miradas de repente en tregua, dejándolos comer, darse la mano a través del orden frágil de las fuentes que se amontonaban, sus restos, copas, jarras, el pasado sobrevolaba la

mesa como un ángel cosquilloso y ciego. La Turca esperaba que yo encontrase otro amigo como Rega, Rega una mujer como la Turca, todo lo que tenemos, decía, es de ella, no, ella, de los dos, gracias a ella, si no fuera, yo iba a salir de pobre, brindis, mozo, otra, el maitre festejar, ni el volumen de la música ni ninguna exclamación hicieron que Arnaldo despegase la cara del chal de sus brazos, brindis, entretejiéndose a las palabras risas francas, irónicas, tos, oler la rosa envuelta en celofán, no sentirse solo, gestos amplios, la lengua roja del vino denunció la inclinación de la mesa hacia Rega. Los lienzos, saltó Rega a resortes. Alegría, alegría, ma que alegría. La Turca se lo llevó seguidos del cortejo del personal que le alcanzaba talco, toallitas, un aerosol.

Sólo, y después de haber pedido otro champagne, la mirada de una sobrina de la vieja de la otra mesa que la acompañaba llevándola por la cintura al baño, cruzándose con la mía. En segundo plano, la mirada del marido.

El primer grito se disimuló con el corcho, hasta pudo haber parecido, si alguien lo oyó, de festejo. Se dieron vuelta, alguno estiró hacia mí su copa sonriente. Los vi cortar ese ademán en el aire, abrir grandes los ojos, las bocas, brazos, como si un veneno les hubiera empezado a hacer efecto, pararse. Se precipitaron hacia la puerta que llevaba a los baños. Hubo más gritos, un nudo en esa entrada demasiado angosta para tanta gente de la que salió al fin la vieja, sostenida por los pies y los hombros. Improvisamos una cama con sillas, no se le encontraba el pulso. Algunos chicos lloraban.

Por los gritos, esos hijos de puta éramos nosotros. Rega apareció enredado en los pantalones hasta las rodillas. La Turca, de los pelos con la sobrina, no se soltaban, como si quisieran decapitarse de un tirón.

A Rega uno lo acogotaba, los puños de otro retumbaban en su espalda. Qué le hiciste, gritaban. Así llegó a la salida, a la estatua de Arnaldo en mimbre. Lo salvaron los mozos. La Turca ya no era la que se había llevado las manos a la garganta viendo

venir la copa de su postre con una estrellita encendida adentro, los ojos húmedos por la emoción. Recorría el comedor buscando un taco perdido, todo el cuerpo en desnivel, escupiendo unas puteadas de jorobado a izquierda y derecha, no me toquen, la otra lloraba contra una silla.

El maitre mostró las uñas en el estacionamiento, y aprovechó que Rega tenía que salir del auto, ya en marcha, para que nosotros subiéramos, para arrancarme los billetes de las manos.

Volvimos tratando de reunir imágenes de lo que había ocurrido, buscarle un orden. Pero secuencias de ese viaje, a la vez, iban cayendo a nuestras espaldas, se escapaban por las rendijas del auto y al tocar el asfalto del camino, a esa hora desierto, oscuro, este las chupaba para siempre. Apareció la botella casi entera de champagne, un trago demasiado largo que me estalló en la nariz. En otro momento me dejaron solo, el coche estacionado en la banquina. Estaba la dentadura de la vieja, que Rega había descubierto en su bolsillo, y mordí el pico de la botella con esos dientes, estaba oscuro, quise hacerme una paja blanda, insensible, cada semicírculo de dentadura en una mano, rosa y amarillo, supongo que dormiría cuando volvieron al coche, o antes me habían contado a los gritos lo del baño del restorán, Rega los pantalones por el piso, y la Turca, que podía metérsela entera en la boca, chupandoselá, de rodillas, y la vieja que entra sin golpear, no distingue, recién cuando la Turca, ya pasaron varios segundos, Rega ya estiró su mano hacia el cuello, los hombros de la vieja, le dice abuela, la acaricia, recién cuando la Turca se separa, no se sabe si es la verga dura ojeándola de Rega, o la mirada de la Turca, pero le da el soponcio, la sobrina entra y la ve aferrada a la mano de Rega, después caer.

O no dormí, veníamos cada uno hablando solos con los otros, insistentes. Rega me parece que planeaba irse al carajo, vender todo, cazar el coche, la caña, la colección de

cuchillos y no volver a la ciudad en su puta vida. Todo qué. Ah, y la guitarra. La Turca empezó a ponerse triste por el taco, después le vino como una intuición, lo de esa noche había sido tan lindo, como una despedida, una imagen: yo me alejaba, a bordo de un bote, de ellos, que después de haberme empujado, saludando aún, se hundían en la arena de esa playa. A mí me vino a la cabeza una frase: lo único que es para toda la vida es la muerte. La muerte es para toda la vida, repetía. Rega los años que esperaba eso. Yo la muerte es para toda la vida. La Turca rota en llanto, inconsolable. Casi un coro.

¿Soñé con Dolores, que le compraba un anillo de plata con una piedra? Todo en el sueño opaco, sin pulir, entrelazándose como vetas verdes marrones de la piedra en remolinos.

El parque estaba a merced del viento. Unas pelotas de ramas secas corrían al ras de la tierra sin pasto. Nadie alrededor de los desdeñosos cactus, ni bajo el esqueleto de la pérgola o los robles, ni en los senderos de guijarros rojos donde mis pasos sonaban a maraca, a alarma que en un punto distante activó la salida de una persona a mi encuentro.

Las nubes colaban un calor bajo, viscoso, ocre como un moretón maduro. No es que estuviera lindo, pero el lago, su piso de grietas, invitaba a caminar hasta la isla, falso oasis, eje de una ruleta alrededor de la que el viento hacía girar sus juguetes. De árbol en árbol una guirnalda de ligustros. De atrás de un tronco salió Rosi, riendosé, y vino a mí con un baile entre linyera y bufón.

La historia de su amor era incomprendible, o su voz de flor agreste, leporina, la cantaba así. Supuestamente, el anillo venía a demostrar todo. Lo puso adelante de mi cara y se alinearon mi ojo, el del anillo y el suyo, guiñado, detrás. Le pregunté a cuánto me lo dejaba. Lo que tengas. Al dármelo se me caía al matorral de ratas, latas, ropa dura.

Entonces Rosi, apenas más alta que los yuyos, empezaba a sacar anillos de la tierra. Sacaba los de la Turca, de colores, yo decía no y ella los tiraba para arriba uno por uno. No. Primero una y después la segunda alianza de oro comprada por el padre de Mirna. No. Argollas. No. Fondos de latas, latas sin fondo. No. Exasperado, cerraba las manos alrededor de su cuello y trataba de ahorcarla, pero se escabullía por unos nidos de nutria al pie de los árboles.

O podría haberme despertado diciendo anillos, ido a rebuscar bajo el cajón junto a la

cama y ver que el que me habían vendido seguía ahí, esperando una declaración que se postergaba.

Pero primero había sido el anillo y mucho más tarde saber a quién se lo compraba, para qué. Una noche, uno de los nietos de la Doña dijo che señor, querés comprar, y puso sobre la silla un reloj pulsera de agujas, un juego de llaves, un rouge, un colgante, ese anillo. Lo alcé distraídamente con la punta del meñique para acercarlo al velador. Hecho, dijo. Le dí un bollo de billetes, los unió al resto de mercadería y se fue.

En la pared que separaba mi pieza de la de Dolores otro agujero, un ojo mínimo, que tapaba un clavo oxidado. Sacándolo, se alcanzaba a ver un ángulo de su escena, el paso de partes de cuerpos, la esquina de la cómoda en la que ella se miraba al espejo. Si había soñado cogerla contra esa pared, sus uñas rascando el revoque y el polvo que le blanqueaba una mejilla, media cara, mientras ella vigilaba a su hijo o la desesperación del hombre en tren de hacerse la cena solo, preguntándole al aire dónde carajo estaba Dolores.

El anillo no saldría nunca de esta pieza. Me animé a dárselo una tarde que entró pidiendo fuego, fugaz, el chico podía despertarse de un momento a otro. Yo temblé mis manos alrededor de la suya y me disculpé, balbuceante.

Ella se acercó a la ventana, alzó la mano, me sonrió. Le pareció oír que la criatura lloraba. Volvió a mirar su anillo, el brazo estirado, los dientes blancos sobre el labio rojo. Después dijo tengo que irme y se lo sacó. Tiene razón, dije. Dijo no y me acarició la cara. Pero que la entendiera.

No sé si ella sabía lo del clavo o si lo descubrió mientras apretaba el anillo contra su pecho y giraba la cabeza ciento ochenta grados abarcando dos veces la cama atravesada, la piletta, el inodoro, el bulto de la ropa, y de casualidad fue a embocarle con la vista al clavo. De ahí lo colgó. Al darse vuelta su sonrisa seguía brillando. Queda entre

nosotros, dijo, antes de irse. Dejó el anillo acusándome desde su dedo de óxido.

Sólo más tarde sería la silla, en la que quisimos que ella encima mío, abrazándome y al respaldo, la silla del color de su piel. O Dolores sentada desnuda justo en el borde, las manos en la cintura o alrededor de las patas de atrás, sólo la punta de los dedos de los pies en el piso, el tendón tenso, yo entre parado y de rodillas, causándole moretones en los hombros al apoyarme. Morder una oreja, hamacarnos entre chirridos sin llegar a romperla, sin sudar ni confianza aún como para que se arrodille en el asiento, el mentón sobre sus manos sobre el borde del respaldo contra el que sus tetas, la piedra del anillo metida en su boca y yo desde atrás, cerrando el círculo dilatado del tiempo, la deuda pendiente desde que entró con la silla, su perfume en mi pieza, al principio es siempre así.

Figuroa fue el primero en dejar la Biblioteca. Se fue en camilla, empujado por un también primer enfermero que decía normal, los años, anunciaba otras despedidas, otras miradas sin retorno, más bocas babeantes, parálisis, silencio puro.

Corrí atrás de la camilla y le apreté un hombro. ¿Sentiría algo? Y antes, cuando oyéndome hablar en la cocina levantó un brazo con violencia, ¿un cosquilleo?, ¿inquietud?, qué lo hizo enojarse y decir voy a aprovechar la mañana antes que seguir escuchando huevadas, levantarse, romper el rumbo de su silla, ¿huele?

Envidia, dice Valerio, envidia. Hay quienes saben tener, como esta gente que vos estás contando, y quienes no saben no tener, frase deletreada con más volumen, el índice en alto, y no se lo aguantan. Que se vaya, aprueba, que trabaje, seguí contando.

Yo estoy en vena, en el medio de una fiesta de casamiento para la que supuestamente me contrataron como mozo. Zapatos, traje y camisa negros, moño blanco, la cara levemente maquillada de blanco, extravagancias de los ricos, buena mosca. Ya hablé de una campana de cristal en la terraza de uno de los edificios más altos del centro, de invitados que dejan su custodia en el hall de entrada junto a los abrigos de sus mujeres, putas de alto vuelo, miles en una sola noche, dirigentes. Pero no es noche de negocios. Todos disfrutaban la belleza cotillona de la novia y la sonrisa idiota del novio, se regalan el regocijo de sus propios vestidos, se ciegan con el reflejo de sus joyas, brindan, bailan, se apoyan en mi hombro al servirse y siguen bailando. Con las propinas de esa noche, un mes viví, digo.

Entonces Figuroa, por ahí un gusto amargo lo invade, o puro fastidio, ese de chasquear la lengua contra el paladar, levanta abruptamente la mano de canto, agarra el balde y el cepillo y dándonos la espalda entra en la despensa.

El Francés me obliga a describir con precisión el servicio. Detallo marcas, cosechas de champagne. Furtivos fondos de alcohol me llevaron al toilette, a perderme y

encontrar en el camino una invitada que acercó su cara a mi cuello haciendo como que aspiraba lo blanco del maquillaje, risas de hiena en mi hombro. La puerta del toilette nos encontró a nosotros, digo. Lógico, mármol. Frío contra la carne de la mujer que se reveló firme, un cuero. Usaba un vestido corto que, subida la falda, bajado el escote, le quedó como una faja alrededor de la cintura. No podía no darme el gusto de eliminar la bombacha con mi llavero multiuso. Qué iba a quejarse, Valerio. Su concha se engulló toda mi pija, la hizo desaparecer hasta el último milímetro en un acto de magia.

En la cocina se hace el silencio. Apenas como para que se reclinen otra vez sobre el respaldo y nos miremos a los ojos, vean mi sonrisa sobradora palpitando el desenlace, estos dos puntos: su cuello echado hacia atrás y mi mano que se hunde en el pliegue de una arruga y de un tirón seco la desenmascara.

Quién era esta mujer hasta ahí de ojos cerrados, un hilo de baba cayéndole sobre las tetas gordas, que la avejentaban un poco, de pezones peludos o mejor con algunos pocos pendejos muy largos y lacios. Pendiente del bamboleo de ese hilo, del charco que formaba al caer en el cinturón de seda negra, de su labio inferior brillante rojo, me fui calentando, arremetí empujándola contra el espejo de su risa, tintineo de llaves, pulseras y tapas de botellas.

Insólito, suena el timbre del aviso. El Francés aprovecha la interrupción para encender un cigarro. Valerio se entusiasma, corre a ver. Una fuente de frutas. Figueroa, grita. Decile que traiga una fuente con frutas.

La despensa es un depósito de comida oscuro, recargado, sin paredes de hielo polar ni reflectores. Un pasillo que encadena varios compartimientos de dos por dos. Del techo de cada uno cuelga una bombita de bajo voltaje, y por los zócalos andan las cucarachas. No se oye el salto del trapo en el balde, ni el silbido de Figueroa. Lo encuentro de rodillas, la frente apoyada en la pared, entre dos columnas de estantes.

Cuando lo separo, echándolo sobre su espalda en el piso, veo que tiene abiertos los ojos, la boca, y asegura un mechón de su propio pelo negro en un puño.

La casa es chica pero el corazón es grande, roto y recién vuelto a pegar en letras azules, sombra naranja, sobre el fondo blanco de la loza, sobre el mantel de plástico opaco, a la izquierda un lápiz sin mina ahogado en un charco de pegamento y la huella del trapo de rejilla impresa en zig zag y hasta por compromiso.

Pero no. Mucho antes de que pasara el dedo por la rebaba de goma transparente todavía fresca de las juntas, tentado de arrancar de un golpe seco el lápiz y especulando si se rompería o no el mantel, si se desgarraría de flor a flor, atravesado por una de sus propias espinas, antes de que entrara Rega haciendo las señas del tres y el ancho de espadas, especialmente parco, apenas qué querés y hundir las manos de adelante en los bolsillos de atrás, antes: desde que Dolores apareció en la neblina oscura de esa misma mañana, dos cuadras más allá del edificio, rumbo a la Biblioteca.

La oí venir de atrás, sus tacos, chistidos, desde cuándo no me daba cuenta las ganas que sentía de tocarla, a partir del sobresalto o incluso susto mutuo que no se apaciguaba guareciéndonos de que nos vieran o el viento en un portal, de quién, usaba unos zapatos que le había agarrado el agua y un sobretodo gris de guerra ceñido a la cintura.

¿La vió a la Turca? dijo, últimamente, no, por qué, algo le pasa, desaparece. Para mí eso se reducía a haber saltado al asiento delantero del coche de Rega y unos viajes ácidos, los dos a la defensiva, sin hablar del asunto ni de ningún otro.

Me convida, dijo, una pitada que fueron dos, rápidas, de amateur, entrecerrando los ojos, como para entonarse y confiarme, mientras yo mordía el filtro ahora aromático, ahora algo húmedo y del todo otro filtro a través del cual me llegaba su voz, que había subido a lo de la Turca y la había encontrado retorciéndose en la playa seca del colchón, que los labios se le escurrían dentro de la boca, los ojos saltones sin verla ni cuando recorrió el pelo que le cruzaba a ramalazos la piel pálida helada de la cara, las cobijas, acá hubo un espacio en blanco destinado a todo lo que no iba a hacer falta que

dijéramos, sólo el sonido de la saña del viento, mis manos subiéndole el cuello del abrigo con pulso de estrangulador, bajo las cobijas la Turca sujeta a la cama por unas abrazaderas, cintos, los ojos ciegos bien abiertos, la sábana empapada, algo horrible le pasa a esa mujer, por qué no hace algo.

Sollozos, Dolores envuelta en franjas de desesperación desenrollándose escaleras abajo y el hombre que junta sillas aconsejándole que no se meta, como si fuesen dos Dolores distintas la que a la mañana siguiente volvió a subir para encontrar la pieza de la Turca ya vacía y trozos de loza en el piso, y la que de últimas me escabulló no sólo la mirada sino el cuerpo diciendo es tarde con agilidad por debajo del arco de mi brazo rígido contra la pared y se alejó resonando los zapatos de cuero con su aureola gris, un poco deformes, hasta mucho después de habérsela comido la ochava sobre la alfombra flexible metálica que extendía mi imaginación, cada paso una abolladura en la que se espejaba menos real, ondualunaciones del cuerpo mate, un par de gotas de púrpura en pezones y labios, negro en la cabellera, las pupilas, entre las combas de las nalgas.

Remonté a mi turno los catorce escalones hacia lo de la Turca esquivando cáscaras, mocosos y matronas que los correteaban tratando de tirarles del pelo, piedras perdidas, lo de Rega, dije, un dedo gordo abordó la puerta verde musgo sin picaporte, nadie, campanas un poco acuáticas, tics de bazar oriental inyectados en un cuerpo hecho de tomate, atáte querés, miralo a éste. Ristras de campanitas y ajos en la cara interior de la puerta. Estampa, espiga, crucifijo, almanaque.

La pieza un cubo limpio, luminoso a puntillas, lleno de adornos que no alcanzaban a filtrar el sopapo, andá te digo, ni la cara del amor tiene tu sabor de las radios. En el centro la mesa con su mantel de rosas, de un lado la cama y del otro un aparador con puertas de vidrio que dejaban ver la vajilla, formada por partes de juegos, paquetes de comida, un fogón a alcohol. Abajo estarían la cacerolita tiznada y la pava, el tacho de

aceite, el pan de jabón blanco, el veneno. El inodoro y la pileta colgaban atrás de una cortina de baño. En una esquina, del lado de la cama que supuse de Rega, su rincón, inclinadas, en sus fundas, la caña de pescar y la viola.

Sin darme tiempo a meter la mano como un termómetro entre las sábanas, a husmear manchas, arrugas, rastros, me asaltó una visión. La Turca inerte, llevada en brazos, noche, la cabeza le cuelga, un cordón de saliva que cruza su mejilla se le mete en la oreja, la rebalsa y cae, en el apuro los pies o los hombros alternativamente topan contra las paredes, tiran un cuadrito que se parte, suenan sordos en el hueco de la escalera, afuera llueve, llega empapada y los médicos dicen no hay lo que hacer, dicen es tarde.

Por nada más que la yema de dos dedos que iban de la puerta a la cama a las grietas del cuadrito de loza sobre el mantel fui triangulando un ahogo de peluche, colcha de retazos, fotos en la playa y perros de cerámica y cristal, perros que salen del mar mordiendo un palo y salpican a los buscadores de almejas, ese menearse de la almeja en fuga, angustia de caja de cáscara seca de naranja, funda elástica para tapa de inodoro de piel turquesa, costurero, espejos, estampado de repasador que me restalla en el lomo látigo lo parco de Rega preguntándome qué quería, no te oí entrar como disculpa por haber entrado, su multiplicación en las fotos aplastadas por el vidrio de la mesita de luz (repertorio de modas y bigotes, abrazo alrededor de los hombros de caño de la Turca, a la cabeza del tumulto de un banquete, con un bebé de espaldas a upa o poniéndole su firma a diferentes formas geográficas) y en los espejos a medida que estiraba los resortes del tórax, la actitud misma de casi desperezarse, de aplastar el pucho contra el piso indolente, de hacer señas, la forma en que pasó rozándome, agarró el cuadrito y fue a colgarlo en el lugar que sólo él sabía, cómo arrancó, finalmente, el lápiz, el dedo que metió por el ojo abierto en el mantel hasta encontrar la tabla áspera de la mesa abajo, todo nos congelaba propietario y netamente intruso, qué querés, te esperaba, saqué de la

manga una botella de aguardiente, la alcé, tuvimos que sonreir, un grumo de imaginación con que aguantar el tomamos algo que dije, apenas contestaste, en lo de una amiga, a mi pregunta: ¿la patrona?.

Resumiendo, dijo Cúper, la Turca desapareció. Daba vueltas alrededor de mi cama como el público cuando visita a las fieras enjauladas. Me había despertado por segunda vez para pintarme el lado derecho con una pasta espesa color ocre. Algo del arte del repostero, más que del pintor, pincelándome la barriga con prolijidad, trazos no tan ágiles como los del Francés cuando esmaltaba los pollos con yema de huevo, un par de días después de lo de Figueroa el Francés había metido la cabeza en el horno y se lo llevaron definitivamente.

Era zurdo, Cúper. Cuando se seque, había dicho, estás, y apoyado el pincel sobre la tapa del pote en la silla. Levantó la botella desmayada del suelo, la miró al trasluz. Así que a Rega no le pudiste sacar nada. Algo me habrá roído la cara porque Cúper dijo en voz baja tranquilo, tranquilo, como si me creyera su perro. No dijo ella volverá o la encontraremos sino tranquilo, no es tu culpa. Lo que había vuelto era el dolor, un mareo en el que mi cabeza flameaba como una sábana al viento, aleteando contra un vidrio. El barullo del mismo mar de siempre. El estruendo de la pared al escombrarse, los berridos del bebé de Dolores, seca, arrimando la sien a la pared, pidiendo silencio a los gritos, no aguanto más, no me encajonan en siempre la misma ola de la que nos queremos alejar como paquetes volvió la voz de Cúper: ¿hace cuánto que trabaja ella allá?

La pasta se entibiaba, oscurecía. Tiene que secarse con el calor de tu cuerpo. ¿Eructás? Va bien. Hace unos meses, dijo, creo, consulté a un médico, mi mujer o ex mujer está en la mitad de esta historia, dejemosla. Los médicos, por favor. Según esta eminencia, comillas, los efectos derivados de una exposición desproporcionada al mecanismo de la Biblioteca era susceptible de provocar graves trastornos neurológicos, llegado el caso irreparables, es decir, vitales. Me tocó uno académico. Otro me hubiera sobado el lomo y dicho no se exponga mi amigo, mejor dedíquese a cuidar su hermosa

familia, como un jardín.

Restos de vómito, una biyuterie más bien bilis se había secado en actitud de caer desde el borde del inodoro hasta el piso. Mientras un Cúper versión deductiva enhebraba agujas lógicas, como decir alguien, la Turca, sometida tantas horas diarias a los efectos indeseables, letales, comillas, llegado el caso, no es más que una hipótesis, un sin embargo, todo corte de culpas queriendo asomar al mareo, y el mareo mismo, la cadena de hormigas que escalaba la base de lata del inodoro sin reflejarse, la oscuridad que se cernía, todo no sólo remarcaba la presencia de la falta de Turca, como una lluvia de harina habría revelado los movimientos de un hombre invisible, sino también la reaparición del dolor, otros fantasmas. La risa de Rega, la tos de la Turca entrando a la noche, los abortos caseros con fondo de jugada de lotería en la tele, ladridos, la bocina de barco del camión.

Y en ese mismo reviente de tristeza, como para salvarme o hundirme del todo, la imagen de la Doña supurando su saber en el vientre del sótano, como un parásito.

Ya sé quién tiene que saber, dije. Me incorporé. La pasta, seca, se rajó. Un pedazo grande fue a rodar sobre la cama y después al suelo y partirse. Iba a pulverizarse bajo mis pies y a tapizar la pieza hasta lo último. Despegué lo que quedaba, me puse la camisa, ¿qué esperás? bajemos, todo con un despliegue de energías dirigido más allá de la pared. Cúper, más que sentarse, se había soldado a la silla. Ni que me maten, y que nadie que hubiera metido la cabeza en la boca de ese animal para verle las tripas la había sacado intacta. Yo sobreactuaba que no era hora de cuidarse, él a su manera menos miedoso de la inclinación del pulgar de la Doña que de la violencia de los tipos que deberíamos cruzar para verla, bufones del falso enojo pero calzados.

Aceptó bajar aunque aparte, cualquier pretexto, cigarrillos, nos habría hecho coincidir casualmente, sus pies esquivando mi huella ocre en la escalera y una de esas manos

deformes imantada a mi sombra, de querusa, cada cual jugado a la corriente de su pensamiento como locos, para qué queríamos verla. Un trío hostil, envejecido, de guardia. Nada, dije, es personal. El único que conservaba dos brazos y dos piernas las usó para perderse atrás de un monte de cajas. Un rato después repetía el camino conmigo.

No son horas, dijo la mujer. Su voz grave, en la oscuridad, era el único indicio de ubicación. Me acerqué hasta que una mano me encontró el pecho. Le dije que me disculpas pero que era importante. Se llamaba Doña pero había que decirle señora hasta que ella dijera dígame Doña. No dijo más que qué quiere. De a poco iba distinguiendo los límites de la noche. Ella yacía de espaldas sobre la mesa, colgábanle los brazos del borde como dos ahorcados. Una amiga desapareció, quiero saber dónde encontrarla. El tipo hacía barullo, se mezclaba en la conversación. Lo que cueste. Es de arriba, la Turca. Es un roñoso, dijo. Se me callan, cortó ella. Creí entender que me pedía que esperara, que me costaría muy caro. La flecha de salida fue una piña sorda entre los omóplatos. Afuera Cúper, sus cigarrillos. Fuimos a dar una vuelta pero yo estaba ansioso por subir y detenerme ante la puerta de Dolores a la caza de un ruido que indicara que me había estado esperando y saldría, en puntas de pie, hambrienta de noticias tranquilizadoras y un abrazo en el que se iría adormeciendo como un barco que no pena.

Ya volvería a bajar, sólo, sueño y una mejilla caliente del cachetazo con el que me despertaron. A esa altura apenas alba de la mañana el sótano no estaba más iluminado que en plena noche. La mesa ahora cargaba el peso de papeles, tazas, una pila de ropa, todo en desorden, intuído bajo la luz miserable de unas velas que escamoteaban también gran parte de la masa grasienta y sin embargo, supuse, dentro de lo poco que se veía, árida. La Doña me recibió repantigada en su butaca, del otro lado de la mesa. Absorta en la costura, sin mirarme, adelantó el codo indicando que me sentara, un codo cómico para quien pudiera disfrutarlo, una especie de culo perdido en los pliegues de la extremidad. El dedal le quedaba chico, y en el tiempo que estuve sólo interrumpió el trabajo para pescarlo de la falda cuando se le salía.

Usted, dijo, no sé ultimamente, pero antes se lo ve que estuvo bien alimentado. Eso me gusta de usted. Acá hay muchos que por el hambre ya no les da la cabeza, de eso sobra, son como bichitos, hay que acercarle el pan a la orilla de la boca pa que tengan. Más disgustos le daban que otra cosa. Una igual los quiere a todos. Y qué iba a hacer. Una es madre y entiende. Hoy, nomás, mire. Estiró la oruga del cogote hacia un papel. Cada cual con su necesidad.

Asentí respetando su intención de que eso fuera una lista de nombres y legibles, que significara algo, que la verdad geométrica de las velas, la figura religiosa que encuadraban, poco práctica incluso para ella que en cualquier momento podía ensartarse el ojo con la aguja, me permitiese leer. Religión o teatro, no iba a ser yo el que la interrumpiera.

Los hombres es otra cosa, qué saben qué se siente. ¿Usted tiene hijos? Lejos, contesté, como si me hubiera preguntado dónde quería estar. O muerto. Pero la necesidad, el resorte vencido de los músculos me ataban con moño a la silla, a la imagen de la aguja hundiéndose en la piel de la prenda indefinible y emergiendo sin

dudas, al ritmo igualmente mecánico de su relato que empezaba con el primer hijo como si éste la hubiera parido. Antes tampoco habían pasado muchos años. Después, adicta al dolor, la euforia, los había engendrado sin respiro ni padre, golosa de su poder creador, sintiéndose, ahora que era más vieja, menos ignorante, un poco pachamama, un poco como la Virgen, como si el Señor le hubiera venido soplando al oído todo ese tiempo en que no volvió a ver la mancha de una menstruación entre los muslos. Preguntándome si yo creía que una jovencita puede preñarse de esa manera para escapar al miedo, la impresión dominadora de la sangre, que la debilitaba, se contestaba a sí misma que no, que otras fuerzas la habían guiado para juntar la cabeza de un hijo con la cola del siguiente hasta que no pudo o ya no hizo falta.

Con los primeros se había venido de afuera. Cuando la ciudad aún no era lo que llegó a ser ni esto de ahora. La había visto brillar, expandirse, tensarse bajo el peso de la gente mientras sobraba los trabajos más pesados o indignos con prepotencia. Una miserable como tantos, para qué repetir las fiebres, la penuria que los envolvía en ese entonces. Sobrevivió con su ritmo de parir y preñarse puntualmente, como un planeta más, sin contar nunca cuántos venían siendo. Los tuvo en los lugares y situaciones que uno pudiera imaginar. De chica, allá en el campo, con la ayuda de una comadrona que con los años iba adquiriendo modales, un aire de médium. Sola, cuando no pudo esperarla, tratando de no espantar a los otros críos que revoloteaban a su alrededor como moscas. Después que se vino ya hacía como si la vieja estuviera presente, recordaba las palabras y las repetía a medida que la otra las hubiera dicho, sus manos trabajaban con independencia del resto del cuerpo. En la piecita más desamparada, más húmeda o fría, improvisaba un fuentón, unas mantas, un pesebre adonde celebrar la única fiesta permitida. En un tren en movimiento, en baños públicos, negocios, cabinas telefónicas, un aula de escuela, una iglesia. Nunca al aire libre. Instintivamente

buscaba el abrigo de un techo, así fuera una caja de cartón en medio de un parque.

Una mesa de billar, años atrás, había sido usada para eso. Yo empezaba a afeitarme, a perder el tiempo tratando de anotar carambolas en las mesas de un boliche. La encargada de la limpieza era una mujer gorda, amable, joven. Nadie supo que estaba embarazada hasta la noche en que se apoyó de espaldas sobre una mesa, como hacíamos nosotros cuando no nos tocaba tirar y curioseábamos los juegos vecinos, las manos sobre el borde de madera y fieltro, y con un impulso suave de los brazos primero se levantó hasta sentarse, después se recostó, ya bajo la campana de luz blanca se puso a parir. Me acordé de la forma cansina en que pasaba el trapo por el piso, una mano en la cintura, siempre ese vestido a flores artificiales, de haberme escapado apenas empezó, de la desesperación del dueño del boliche, de una aureola imborrable en el paño verde, menos suave, que después cuando jugábamos trataba de no ver, aunque a veces las bolas la rodeaban, formaban figuras a su alrededor incluyéndola sin remedio.

De ahí a la Turca, a Mara, a la foto de mujer sepia de frente ancha, aros perla, rodete, ojos un poco hundidos y sonrisa rosa, supuesta madre, no había ninguna distancia.

Por ahí la Doña me vió perdido o mirando las tijeras sobre la mesa con los ojos muy abiertos pero sin ver, su cuello que empezaba a temblar, por ahí estuviera realmente afligida, su tono se hizo más grave y bajo, un murmullo, hablaba de la que se le murió. Una, la única a la que le faltaron las fuerzas. El alboroto repentino de las llamas, un principio de hipo, sentir que el que estaba parado a mis espaldas empezaba a cargar el peso sobre una y otra pierna, como en un conjuro, el precipicio abierto entre las dos historias, esta sentencia de que a los muertos se los lleva para siempre encima, m' hijo, de golpe todo me hizo sospechar que ese esqueleto estaba enterrado en alguna

parte del sótano, que era ésa la mercancía más valiosa y vigilada, lo que los mantenía unidos, el fundamento místico de su ley, de la cual la Doña, en ese caso, no sería más que otra instancia. Tal vez, esa muerte fuera tan falsa como el resto de su historia.

Si yo pensaba que aquella desgracia había interrumpido la sucesión de alumbramientos estaba muy equivocado. Se aproximaban los tiempos peores. La mujer tuvo esa visión y una imagen de lo que debía ser su respuesta. El pez grande se come al chico, ¿me equivoco? Ellos ya eran muchos. Estaban más allá de la maldad que empuja a la gente unos contra otros, y donde abría un ojo la pelea la voz firme, la ráfaga de razón de la madre la apagaba. Era el momento de que a lo mágico de los partos que se habían venido desencadenando como iluminaciones le correspondiera un provecho.

Con la misma lógica con que los inversionistas de éxito narran el impulso, el golpe de azar que los situó en el rumbo de la riqueza, su balanceo en medio de esa tempestad, excitada, sin perder el hilo de la costura, ni sé si pasando a otra prenda de la pila, orgullosa, la Doña contó cómo le habían ganado este edificio a las ratas, evocativa, en la época en que estos lugares no los agarraba nadie, nostálgica, sudando sangre, con desprecio, no como todos los que ahora, indignada, quieren que les den pan comido. Se daban maña, la única ley que respetaban era su propio celo de poder. Cuando la ciudad, después de un último y especialmente intenso destello se vino abajo, usted debe acordarse, la Doña, no sé si todavía de nuevo embarazada, su ejército de hijos, ya estaban en otra posición.

Fue como si hubiesen previsto ese derrumbe, como si todo lo que siguió, cosas terribles, Dios me libre y guarde, no hubiera sido más que la señal de que iban por la buena senda, hacia un destino que ella había adivinado con las tripas. La gente que deambulaba, familias enteras matándose entre sí por migajas como animales.

Una vuelta, aparecieron los propietarios. Una sociedad. Querían demoler, construir. ¿Sabe qué? Una moneda les dimos, y les dijimos que ahora ya no era de ellos. ¿La entendía? A ella le gustaba hablar claro y que la entendieran. ¿O antes cuánto costaba? La posesión parecía haberles contagiado una fuerza milagrosa, su valor. Hubo una serie de imágenes que relacionaban los cimientos del edificio, las raíces de los árboles incommensurables que se elevaban en aquel afuera de donde la Doña había venido, pechos o pies, palabras.

Nombró a la Turca, reatrapando mi interés de tela. Su amiga, dijo y sonrió que ni que hubiese visto reflejado en la fina aguja el movimiento ascendente de mi cuerpo, la manera en que se cerraron mis puños alrededor de los apoyabrazos, un adelantar, ofrecerle los hombros y el cuello a su estocada, esa sonrisa de punta de lengua roja entre los dientes. Su amiga, la verdad, me desilusionó. ¿Quién no sabía que estaba mal? Podía haber pedido ayuda, ¿no le parece? ¿O ella no ayudaba a su gente? Yo era más que testigo, una prueba. Dijo usted sabe cómo llegaron, años atrás, sin esperar contestación. Decir enferma era poco. Arruinada. Estropeada. Hecha un desastre. Mire que he visto cosas. Un paquete en brazos del hombre que lo único que podía hacer eran promesas, juramentos de que iba a pagar en cuanto ella se recuperase.

El sí, dijo, incluso ahora, antes de irse, pero ella, ¿pensaba yo que alguna vez le había dado las gracias? Esas mujeres eran así. Mis hijas jamás han hecho la vida. Cosas peores, por ahí, pero la vida nunca. Se terminaban creyendo lo que no eran. ¿O a la Turca los remedios, los doctores que había sabido conseguirles ya no le servían? ¿O prefirió dejarse, no dijo morir, dejarse, por no trabajar, por qué, por orgullo, ella? Yo tampoco, ninguno de los dos nombró a la muerte. Como si estuviera, dijo.

Cabeceó señalando un papel con la nueva dirección de la Turca. Ya que insiste, dijo. Acá no la quiero ni ver. Todavía faltaba el detalle de las semanas acumuladas de

deuda, amenazas.

Subí a los saltos. No sé qué esperaba encontrar. Un llanto pero de chico. La misma mesa, el mantel, su lagaña de pegote. Aparte de eso sólo reconocí los animales de peluche a los que otros chicos, que empezaron a llorar al rato de mirarme, serios, mirarlos agitado desde el umbral, les tironeaban de los ojos. El que sí lloraba dejó de hacerlo. Todos, en fin, parecían en tren de servirse mate cocido de una cacerola alta, inestable y humeante sobre la mesa. Uno fue a apretar las piernas de la mujer que me miraba desorientada. No había quedado ni una foto de la que pudiera arrancar la parte de la Turca, llevármela y guardarla en algún rincón de mi pieza, para qué.

A la Turca hay que ir a buscarla, hay que traerla. Rega ya dio el paso del adiós, se despidió de mí sin que yo lo sepa empujándome hacia atrás en el colchón con un solo dedo, índice, sobre mi pecho. Lo fácil que fui, la vergüenza de haber respondido con una especie de sonrisa mientras me iba para atrás y me dormía con ojos abiertos antes de terminar de caer, ojos pestañantes de novio que Cúper, que no los vió, trata de disculpar. A Rega lo ví por última vez durante esa noche, me vienen a decir que se fue, que cargó el auto con sus cosas en el vapor de la madrugada, el coche tosió un poco, nadie lo vió rodar al principio lentamente, alejarse, la luneta empañada, y del lado de allá de su dedo sin disfrutar la situación, más bien serio, concentrado, como si le hubiese llegado la hora de algo va a decir Cúper, una cita inexorable, ni siquiera algo malo para él, por última vez: lo vi entre pestañas de espaldas al atravesar la puerta y hundirse en ese para siempre.

Sacudiendo a Cúper por los hombros, en clave de vértigo, hay que traer a la Turca, hay que ir a buscarla.

Andá vos, dijo Cúper, y puso la posta del atado entero en el hueco de mi mano. O tengo que pedirte que no corras, surtirte de cigarrillos hasta que lleguemos, esperar un paso atrás mientras golpeás la puerta, sonreírle un poco al que abra, como para desmentir tus nervios, que no se asuste. ¿Tendría que ayudarme a alzarla, a esperar que nos acostumbráramos a su peso y recién entonces decir un chiste tonto? Cómo voy a saber cuándo hablar y cuándo callarme, dijo. No me mires así. Lo agarré del cuello de la camisa. Estiró la cara atrás, parpadeando, los labios hacia adelante y las palmas de las manos cruzadas por líneas azules a la altura del pecho.

Fuimos. El traslado de enfermos o desfallecientes pide el plural, dijo, ya en marcha, frotándose las manos, y en adelante no volvería a hablar, sólo un murmullo, mutuo, ante la encrucijada de una esquina o el ángulo, la inclinación de los hombros necesaria

para encender esos fósforos demasiado efímeros. El frío nos pegaba la pera al pecho. Se levantó un viento de volarse las sombras.

Era una casa antigua baja. Ante la puerta de chapa, comida abajo por el óxido, te pedí un cigarro y en vez de darle una pitada, la segunda, sin contar la del encendido, contagiada de llama, y llamar, lo fumé hasta el fin, y vos el tuyo, y te pedí otro y recién en la mitad de ése nos miramos, ¿no fue tu impulso de adelantarte el que me hizo golpear?

Esperamos, vimos al pájaro del ojo en su jaula.

Era un refugio de enfermeros. Los enfermos llegaban pidiendo asilo y ellos los aceptaban casi con resignación. Conservaban, como un distintivo, la chaqueta celeste, sucia o deshilachada, hasta orgullosos de sus manchas, de monje el paso tímido, la mirada esquiva, los susurros entre sí al cruzarse.

Iban y venían cabizbajos por un pasillo que a medida que tropezaba con las piezas se fue retorciendo, se hizo cada vez más angosto y oscuro, más fuerte la mezcla de olores. Al avanzar aumentaba el calor, como si nos acercásemos a la boca de un horno, y el aire, cargado del gas de las estufas, se espesaba. La llama rojiza de las estufas, sobre la pared, iluminaba el camino.

Atrás de las puertas, en penumbras, entre ronquidos y el olor ácido de la transpiración de días acumulada, se adivinaban los cuerpos pálidos en sus catres.

Cúper caminaba con la nariz y la boca hundidas en el pecho de su sobretodo, a pesar del calor, y nuestro guía se subió el barbijo. Estaba el filo del alcohol y el desinfectante, la alfombra de insecticida a nuestros pies. De una puerta emanaba, insistente, el olor del pis rancio, de otra vapores de vómitos mal lavados, de otra yodo, un colchón de mugre y mierda, ríos, torrentes, un pantano de mierda sobre el que parecía estar construída la casa. Se olían mierdas de diferentes calidades, la nariz las

seleccionaba, sugerían grados de solidez, colores, variadas texturas. A la arcada de nuestra tos le respondieron otras, a veces una máscara corría a apagarlas. En el fondo, sutil, la fragancia de la sangre, con la dulzura de una reina asesina, subía de un golpe hasta impactar el cerebro.

Algo dijo el que nos guiaba, y se paró para dejarnos pasar.

El olor era todavía más fuerte, más a encierro. Cúper daba vuelta la cara, miraba por encima del hombro. Pisó unas jeringas que crujieron, dió un salto, dijo disculpen, nadie le respondió.

La Turca parecía dormir, inmóvil. Le habían puesto un camisón amarillo, largo, de viyela, fruncido en el pecho, las mangas con unos botones redondos forrados. Alguien la había rapado a máquina. Sobre el colchón sin sábanas, su mejilla en una almohada de saliva. Le pasé una mano sobre el pelo pinchudo, que ya no tendría fuerza para crecer. ¿Rega la había despojado también de su cabellera, como un salvaje, antes de dejarla?

El enfermero hacía gestos, pedía contención, invocaba detrás de su barbijo la sabiduría de la naturaleza. Le dio a Cúper los otros camisonos, lo único que le habían entregado con el cuerpo.

Durante un segundo, viendo su perfil de pájaro vuelto pichón, la pelusa húmeda sobre el cráneo, la historia se mostró en su variante invertida, de pases sin magia. Yo iba a sostener su mano como ella antes la mía entre las suyas, mano pálida de postrada. La ayudaría a calzarse la máscara de la muerte, la que ella me había ayudado a sacar.

La alcé, encaré el pasillo y fui atravesando las capas casi sólidas de olores hasta la calle. Cúper atrás, traía una manta, tosiendo.

Había más viento que antes, no iba a llover. La calle estaba desierta. Ahí se había subido Rega a su auto después de dejarla. Debía haber arrancado hacia la derecha,

hacia el este.

Cómo vamos a hacer, dijo Cúper. Menos mal que tenemos el viento a favor. La envolvimos. La verdad que no pesaba nada.

III

Visto de frente, el edificio soportaba tres tonos de gris del cielo, la fachada también gris y tablonos pulidos por la intemperie tapiando algunas ventanas. En otras, reflejos pálidos plateados de nylon, el rebote de un rayo, una cabeza se asoma. (Si alguien hubiera podido ver desde la calle que la cáscara del edificio empezaba a rajarse, y a través de esa grieta, en sucesivas aproximaciones, yo, antes invisible, habría ido apareciendo, más bien de astillas, menos nítido que la pared y la puerta que chirriaba al abrirse, volcado sobre mi brazo derecho hacia el bol plástico bordó en el que los puchos se iban a amontonar después de haberlos aplastado contra la pata de la cama, caía una bengala de chispas que se enfriaban en el aire.)

A esta hora, ese chirrido anunciaba la llegada de Dolores. Entró arrastrando el cochecito. Dijo al fin llegué y se pasó una mano por la frente. Yo me levanté de la cama, descolgué el anillo del clavo y ella estiró su mano hacia la mía, nos dimos un beso.

Del borde del cochecito asomó un pie inflado. Ella lo empujó para abajo, lo palmeó un poco y sacó su radio de entre las mantillas. También nuestra cena, un paquete de milanesas envueltas en papel blanco picado de aceite que yo había estado oliendo a la tarde. Comió parada, mirando la calle por la ventana por si llegaba el hombre. Más tarde se sentaría a la mesa con él a simular el dolor que no la dejaba, tampoco, soportarlo encima, la fábula que llevaba a la paja y lavarse las manos antes de los platos.

Nos sentamos en el borde de la cama. Era la hora de la novela, una novela de la televisión que se agarraba por radio. En el edificio la oían todos. Estaba hablada en un idioma que no se sabía ni siquiera cuál era. Después, en los pasillos, las mujeres se comentaban lo que había pasado, trataban entre todas de entenderlo.

Por la música del principio, podía ser hindú. O que la historia transcurriera en la India. Según Dolores, él era un gran sanador de animales, un hombre generoso al que

todos le llevaban sus animales, antes de sacrificarlos, para que los salvase. Se oían rugidos de tigres y leones, se oían caballos, elefantes, pavos, cabras, un loro.

Tenía una mujer seca y una ayudante que sufría por él en los rincones, entre una música de cuerdas y las propagandas. Si el animal que estaban tratando se curaba, las voces de él, ya maduro, y la de ella, de chiquilina, sonaban dulces, profundas, con matices que prometían el mar del amor para ellos, besándoles los pies, y el animal aullaba su agradecimiento, oíamos sus risas y la mano de Dolores sobre la mía copiaba, seguramente, las de ellos dos encontrándose furtivas sobre el lomo o alrededor del cuello o el vientre de la bestia, parece que en ese instante entró al establo donde ellos trabajaban la mujer de él o el capataz, que era uno de sus cuñados, un hombre cruel que se creía el dueño de todo y en realidad estaba ahí gracias a la generosidad del otro, la semana anterior habíamos oído los tiros y los gemidos de un agonizante y el ruego de la esposa, por única vez tierna, y su risa amarga una vez que el auto arrancó.

Yo a veces secaba sus lágrimas, otras hacía de detective, otras trataba de fastidiarla, o esperaba la música del fin para hacerla caer de espaldas contra el colchón y tirarme encima suyo.

Esa tarde, antes de desnudarnos, atravesé el cochecito contra la puerta. Un carro que el hombre le había recauchutado, sobre el que Dolores abrochaba una tela oscura, por si el chico se despertaba. Le busqué el cuello con los dientes, la atenacé en un abrazo a la altura de la costillas y apreté lo más que pude. Ella se retorció sin ruido, todo siempre en silencio, por él. Hundió la punta de las uñas en mis sobacos, me tiró del pelo, desde el piso vi las manos de miga de la criatura sobresalir del borde del coche, la solté y antes de que pudiera verlo asomado la di vuelta, ahora de cara contra el colchón, regular, suavemente, chupándole el cuello, gritá, ella apretó los labios contra la manta, nunca, acompañaba mis sacudidas cada vez más violentas, más corto el arco de la cintura y

fuerte el golpe, el rebote de su cuerpo, con un chillido ahogado, de rata, y mordiéndose los labios hasta lo último. Después giró la cara y encontró la del chico, que al ver que ella lo veía se puso a llorar.

No se asuste, no, si mami está acá, no llore, la verdad sea dicha, no, quién sabe cuál es: nunca pudo haber visto nuestros rostros realmente rajarse, como cristal de mala calidad, en un abrazo, ni nuestros cuerpos frenéticos, ya deformes, presos de algo que él pudiese atribuir a un padecer insoportable, espíritus que se apoderan, lo animal.

Se puso la criatura en el pecho y mientras él succionaba fue tirando del anillo con los dientes y lo escupió sobre la cama. Con una sola mano, lloraba, se fue acomodando la ropa, se calzó los zapatos, emparejó el pelo, guardó la radio en el cochecito, sacó el paquete con lo que quedaba de mi cena y lo puso sobre la silla. Las bisagras de la puerta chirriaron, la vi salir.

Hicimos planes.

Con las piernas de espuma enroscadas, una mano de cada uno alrededor de la botella, mirando el reflejo del crepúsculo en la frente del chico mientras dormía, en un banco del parque.

Planes, hambre de amor para mañana. El mar, el río, los animales que la habían acariciado de chica, de los que se acordaba oyendo la novela. Eso quería para su hijo, la cosquilla del sol y un padre.

Esta historia de la herencia que yo supuestamente estaba por recibir se la contaron. Me preguntó si era verdad. Dije que sí, que un familiar había muerto, ella lloró y dijo cómo se llamaba, también el padre de ella, su gran pena era que no lo hubiese visto, besó la boca del chico, que yo no creyera que estaba a mi lado por interés, las desgracias

habían ido sucediendo una tras otra y ahora que las cosas se enderezaban, los ojos llenos de lágrimas. Yo habría querido que rompiese a llorar, y con la mano que le acariciaba distraídamente la nuca como consuelo, ir empujando su cara hacia mi pija, que se la metiera en la boca tragando lágrimas y saliva, verla hipar, atorarse, perdidos los bordes del placer y la pena hasta no distinguir qué era cada cosa, de quién.

Cúper estaba como ausente. Una música de tambores que sólo él podía escuchar lo meneaba de la Biblioteca a su habitación ahora con llave. Al cruzarnos, la vista baja, esquiva, las palabras a medias, un temblor entre fiebre y místico que le confería el aire de un loco. Hablaba de cortar los puentes a través de los que alguien pudiera acercarse, de amurar las puertas. Lo más impuro, decía, deshonesto. Cosas como el color de la infamia. El mechón se le descolgaba sobre la cara a cada rato, lo acomodaba, chasqueaba la lengua contra el paladar o golpeaba la palma de una mano con el puño de la otra. No era una risa ese ruido, más que de la garganta las palabras parecían salirle del pecho con la condición de que uno no entendiese, de una punta a la otra del pasillo, asomando sistemáticamente al hueco de la escalera. Qué le pasaba. Dijo que no era cosa de hacer siempre el mal, sino de además no haber hecho nunca el bien. Yo, siempre flotante, indeciso, qué rol juego. Un otario a los ojos de estos imbéciles, brazo derecho apuntando hacia abajo, criminal para mi mujer, ex mujer, brazo izquierdo extendido a la altura del hombro. Volvió a asomarse, encogido, a la escalera. Puede llegar en cualquier momento.

A la rastra lo entré en mi pieza. La misma mierda que los demás, gritó. Un putito. El envión nos hizo caer sobre la cama. Forcejeamos, la misma mierda, se oyó el ruido de una tabla que se empezaba a partir en alguna parte, la rajadura corriendo como chispa a través de una veta de pólvora, la caída, declenque seco final. Pesqué el atado del suelo, él daba trompadas furiosas contra el colchón, prendí uno, le enderecé otro. Yo en la silla. El en el borde bajo de la cama, cabeza gacha, el encastre de las manos detrás de la nuca. Silbidos desde el fondo de los fueyes, dardos. ¿Te enciendo un puchito? Qué forro sos. No me digas. Un pobre forro. Lo más impuro, canturreé, deshonesto. Siempre flotante, en falsete, quién soy, pestañeaba, pero un Cúper que ahora especula si se para y sin mirarme, hasta paciente, paternal, ¿asombrado de que después de la

refriega los nervios?, cosas del roce, pero más que nada en mi contra, era cuestión de que se pare, hayan venido a vivirme, violentamente, le pregunté si seguía yendo a meterse un cable en el culo para ver figuritas.

Cúper, por fin, se paró y sin mirarme, con parsimonia, ganó la pared. En una junta de los ladrillos bailaba el clavo como un diente flojo. Lo sacó, arrimó la mejilla al agujero. Cenan a esta hora, dijo, por la criatura. Si puede llamarse cena a eso; reconozco que ella lucha contra el ensueño que no la deja dejar de hacer cagadas, la falta misma de comida, el odio que debe sentir, lógico, contra ellos dos, contra su propio apego. Así y todo, él tiene con que acompañar ese vinagre que a medida que se acaba lo encorva sobre el plato. Ella aprovecha para acostar a la criatura. Tan preocupada por que el chico duerma, noche y día, como si eso le ahorrara haber nacido acá. Por suerte para vos no se ve la cama. No creo que él sea el padre. Hay noches que ese veneno lo hace pasarse de rosca, pierde el límite, se emperra en desgarrarla, ella ahoga sus gritos con tal que no se despierte el monstruo que incubaba al lado. Así, a ojo, no me parece hecha para la pasión, vos sabrás. Todo tan poco original, tan previsible. Cuando lo amamanta, la cabeza caída, dejando que la luz que entra desde la ventana le acaricie el cuello, no sé si viste el repliegue del labio inferior, las uñas que se hunden en el muslo, tan cerca, indecisa de tocarse donde le gustaría. Cuando se lava el pelo, con el tacho de agua entre las piernas, ese deshabillé que al final abre para perseguir con una punta de toalla los hilos de agua espumosa que le chorrearón. Ni verla barrer, vestirse y desvestirse, cambiar la ubicación de los adornos, de las cucharas que cuelgan sobre la pileta, qué querés que te diga. ¿Sabe que la mirás?

No dije no sé, ni que por las dudas solía pasearme desnudo de este lado del espejismo, que me acostaba en la cama y tapándome los ojos con el antebrazo me acariciaba los pelos del pecho, las tetillas.

Vino hacia mí. Me paré. El polvo gris del cemento le cubría media cara, las palmas de las manos que ahora me apretaban los hombros. Era la rutina de dos payasos que de repente se ponen a caminar por el escenario repeliéndose como imanes, cuando uno se manda al rincón el otro se muerde las uñas, uno medio mira por la ventana, el otro tamborilea sobre el respaldo de la única silla, el otro apoya la espalda en la pared, el otro un pie de guitarrero sobre el canto del inodoro, no tan cómicos como para que el pie resbale, caiga, ni mucho menos que se atore y no lo puedan sacar. Cuando finalmente se enfrentan, el más petiso, el casi calvo, clava en el otro sus ojos de fuego. Aquél le sostiene la mirada. Páfate. Del bolsillo de Cúper salió un libro viejo: la humedad de sus manos le había carcomido los ángulos hasta dejarle la forma de una D. Dijo tengo que irme, ¿tenés hora?. Se sentó. Buscábamos palabras para disculpar al otro, balbuzas, peces voladores que no se decidían a morder el anzuelo. Estaba listo a escuchar. Leer, dijo, sobre todo.

Lo fundamental es la precisión, dijo. Que yo leyera, a partir de una hora determinada, de tal a tal página de ese libro, antes de entregármelo lo sostuvo en el aire, exactamente las mismas que él, en simultáneo, estaría viviendo en la Biblioteca. Y sus planes de seguir el rastro de esas historias, constelaciones, bandadas, lo que fuera que en el cielo raso de una página podía orientarlo en su búsqueda a través del símil de tanto desenfreno. Por todas partes pautas, simetría. En el apuro por levantarse se enganchó el saco en la silla, que cayó a sus espaldas con la lentitud, el peso de un rey derrocado. Volvió antes de desaparecer definitivamente para preguntar si había oído de alguien que se hubiese hecho la circuncisión, si era posible que aumentara la sensibilidad.

Hasta que se hizo la hora estuve mirando la noche extenderse desde la ventana. El nylon se había dejado tajear, flameaba loco contra el aire, siempre hace frío, pero al

frío de esa nueva noche, otra que ideas, migajas, la impresión de que a lo largo de estos renglones algo que crispa, enceguece, una fuerza difícil de dominar o mejor imposible de dominar, difícil ni siquiera de entender, había ondulado a través mío y de Cúper extenuándonos.

Desde ese momento, los derechos de los jóvenes esposos se acabaron, y su boda, celebrada según las formalidades debidas, no quedó más que en un juego. Volvieron cada uno a las cuadrillas que les estaban destinadas, y la Duclos retomó su historia así:

“Un hombre, casi de los mismos gustos que el financista que cerró mi relato de ayer, va, si ustedes, señores, lo aprueban, a empezar los de hoy. Era un magistrado de unos sesenta años que sumaba a la singularidad de sus fantasías la de no desear sino mujeres mayores que él. La Guerin le entregó una vieja matrona amiga suya de nalgas tan arrugadas que daban la impresión de un antiguo pergamino. Sin embargo era a este objeto al que nuestro libertino iba a rendirle culto. Se arrodilla delante de ese culo decrepito, lo besa amorosamente, se le tiran pedos a la nariz, entra en éxtasis, abre la boca, más pedos, su lengua va a buscar con entusiasmo el viento untuoso que se le lanza. Pero no puede resistir al delirio que entraña semejante operación. Saca de sus calzones un miembro viejo, chico, pálido y tan rugoso como la divinidad a la que le enciende velas. “¡Ah! ¡Pedos, vamos, dame pedos, alma mía! se desgañita sacudiéndosela con todas sus fuerzas, pedos, corazón, pura y exclusivamente tus pedos pueden romper el encanto de esta herramienta oxidada.” La matrona se los raja, y el libertino borracho de placer pierde entre las piernas de su diosa dos o tres gotas infelices de esperma a las que les debía todo su éxtasis.”

¡Oh terrible efecto del ejemplo! ¿Quién lo hubiera dicho? Al instante, como si respondieran a una palabra dada, nuestros cuatro libertinos hacen comparecer a las amas de las respectivas cuadrillas. Se apropian de sus viejos y feos culos, piden pedos,

se los dan, y en ese momento gozan tanto como el magistrado aquel, si no fuera que el recuerdo de los placeres que los esperan en las orgías los contienen. Pero se lo recuerdan, se retienen, despiden a sus Venus, y la Duclos continúa:

“Yo, señores, insistiría poco en la siguiente, dijo esta amable joven; sé que tiene entre ustedes pocos adeptos, pero habiéndome ordenado contarle todo, obedezco. Un joven fuerte y de hermosa figura tuvo la ocurrencia de chuparme la concha mientras menstruaba. Yo acostada de espaldas, los muslos abiertos; él de rodillas delante mío chupaba alzando mis riñones con sus dos manos para acomodar la concha a su posición. Tragó tanto flujo como sangre, procedió tan bien y era tan lindo que me hacía acabar. Él se pajeaba, estaba en el séptimo cielo, parecía que nada en el mundo podía darle tanto placer, y la descarga más caliente, la más fogosa, siempre trabajándose, vino enseguida a convencerme de ello. Al día siguiente visitó a Aurora, poco después a mi hermana, y en un mes, al cabo del cual se fue a hacer otro tanto sin duda a los otros prostíbulos de París, nos pasó revista a todas.

Esta ocurrencia, señores, ustedes estarán de acuerdo, no es sin embargo más singular que aquella de un hombre, otrora amigo de la Guerin y al que ella había servido mucho tiempo, del que nos aseguró que la mayor voluptuosidad consistía en comer fetos, abortos. Se lo advertía cada vez que una muchacha estaba en ese estado; él acudía rápidamente y se devoraba el feto aplaudiendo de gusto.”

“Yo conocí a ese hombre, dijo Curval, su existencia y sus gustos son la cosa más segura del mundo. -Puede ser, dijo el obispo, lo que también es seguro es que yo no lo imitaría en absoluto. -¿Y por qué? dijo Curval. Yo estoy persuadido de que eso puede provocar un orgasmo, y si Constance quiere dejarme hacer, ya que se dice que está embarazada, le prometo, señor, hacer venir su hijo antes de tiempo y zampármelo como una sardina. -¡Oh! conocemos bien el horror que le provocan las mujeres

embarazadas, respondió Constance, es sabido que no se deshizo de la madre de Adelaïde más que porque quedó embarazada por segunda vez, y si las otras quieren creerme, que se cuiden. Es una gran verdad, dijo el presidente, que me desagrade la familia, y que cuando la bestia está preñada me inspira un furioso disgusto, pero imaginar que maté a mi mujer por eso podría inducir las al engaño. Sepan, chicas, que no necesito excusas para matar una mujer, y en especial una vaca como vos a la que le impediría parir su ternero si me perteneciese.” Constance y Adelaïde rompieron a llorar, y este hecho empezó a develar el odio secreto que el presidente sentía por la encantadora esposa del duque, quien, muy lejos de sostenerla en esta charla, le respondió a Curval que a él tampoco le gustaba la familia, y que si bien Constance estaba embarazada aún no había parido. Acá las lágrimas de Constance se multiplicaron; estaba sobre el canapé de Durcet, su padre, quien, por todo consuelo, le dijo que si no se callaba en el acto iba a sacarla a patadas en el culo pese a su estado. La pobre infortunada hizo caer sobre su afligido corazón las lágrimas que se le reprochaban y se contentó con decir: “¡Ay, gran Dios! soy tan infeliz, pero es mi destino, hay que cumplirlo.” Adelaïde, que lloraba y a la que el Duque, sobre su canapé, le metía mano para hacerla llorar aún mejor, pudo también secar su llanto, y estando terminada esta escena un poco trágica, aunque muy regocijante para el alma criminal de nuestros libertinos, la Duclos retomó en estos términos:

“En lo de la Guerin había una pieza construída de manera bastante insólita y que sólo servía para un hombre. Tenía un doble techo, una especie de entepiso muy bajo en el que no se podía estar si no era acostado, que se usaba para ubicar al libertino al servicio de cuyas pasiones yo estaba. Se encerraba con una de las chicas en esta especie de trampa, su cabeza puesta de modo que correspondiese a un agujero que se abría en la pieza de arriba. La chica encerrada con el hombre en cuestión estaba ahí

para hacerle la paja, y yo, ubicada arriba, debía hacer otro tanto con otro hombre. El agujero, imperceptible, oculto, estaba abierto como de casualidad, y yo, como cuidadosa y por no arruinar el parquet, debía, trabajando a mi hombre, hacer caer el semen en el agujero y, por consecuencia, sobre la cara del otro que correspondía exactamente a esta abertura. Estaba todo construido con tanto arte que era como si nada, y la operación llegaba a buen término; en el instante en que el paciente recibía sobre su nariz el semen de aquel al que se pajeaba encima, el le agregaba el suyo, y estaba todo dicho.”

La muerte mandó a su médico.

Tuve que bajar a la Doña y pactamos otra postergación, otro adelanto.

Ese doctor que dijo, dejé que lo pensara. Qué necesita, y se adelantó, apoyándose con los puños sobre la mesa. Si es por la vecina, dijo en voz baja, guiñando un ojo, si quedó, le mando a la ciega que se las arregla.

Para la Turca.

Ni me hable, dijo. Es tirar la plata.

Cosa mía.

Plata de otros.

Todo un debate sobre la propiedad de la plata prestada tuvimos. Dos cosas diferentes, decía yo, la plata y la deuda, caras de una moneda en el fondo de nadie, al cabo llamó a uno de los hijos: que fuera a buscar al doctor. No te rías, le dijo, no te quedés por ahí, dejame verte las manos.

Este se acercó rengueando. Con ayuda de la mano que había sacado de un bolsillo extrajo la otra, fofa, un guante que guardaba las cenizas de la mano molida.

A ése, le dijo, andá y vení.

Volvió a aparecer en la puerta de mi pieza, jadeante y con la misma mueca que la Doña llamaba risa. El médico venía atrás.

Cuando trajimos de vuelta a la Turca, la Doña había consentido ubicarla en un cuartucho. Después decidió echarla, y ahora la Turca ocupaba mi cama y yo dormía en el piso. De día la cuidaba Dolores. De noche, yo le pasaba un algodón embebido por sus labios blancos, inflamados, volvía a cubrirla con las mantas, le estiraba los brazos tratando que dejara de toser.

Ahora que Dolores la lavaba olía a jabón para bebés. Yo no evité verla desnuda, a

la luz de la vela, bajo la campana de silencio del edificio que dormía. La piel, siempre muy blanca, presentaba transparencias. En zonas quebradiza y en otras resaltaban las venas azules, su tejido. El cuello, echada la cabeza hacia atrás, mostraba tres cicatrices que antes disimulaban el maquillaje y el pelo largo. Los huesos del pecho plano, sobresalientes, como si escondiera una caja, y las tetas hacia los costados, arrastradas por el peso de los pezones, dos pétalos marchitos. La piel, la inercia del cuerpo en su abandono, todo daba una impresión de sequedad, de tierra pelada. La panza, cuarteada, los muslos, ásperos, los huesos de la rodillas, piernas y pies en punta, como raíces podridas. Hasta el silbido agudo de su respiración que de noche barría la pieza desierta.

Un territorio sin calor ni humedad. Entre los muslos, la mata de pendejos todavía negros parecía lo único que conservaba algo de fuerza, que había seguido pujando, y se ramificaba, precisa y caprichosa, sobre la piel. Una franja buscaba el ombligo, lo envolvía, se abría sobre la panza dispersándose y volvía a brotar entre las tetas. Unos pocos pendejos lacios rodeaban cada pezón. Otra, con un movimiento parecido, dejando un claro alrededor del agujero del culo, iba a subir y desplegarse en abanico sobre las nalgas. Para abajo, empezaba a sombrear los muslos. La carne de la concha, muy roja, retraída, dormía su sueño de animal prehistórico.

El médico vió todo en un minuto.

Con un movimiento de los hombros hizo resbalar su capote hasta el piso y pidió que pusiera la silla junto a la cama. Quedó mirándome de ojos azules apagados, y a la sombra del abrigo en el suelo, hasta que lo alcé. Levantó las cobijas, auscultó, tomó el pulso con la mirada perdida en el techo, como calculando otra cosa. Mientras, con la mano libre, sacaba el porrón y daba un trago. Algunas gotas le chorrearon por la mandíbula.

Qué quiere que le diga, dijo. Paga ahora? La verdad...

Hablaba con frases entrecortadas, y el silbido ronco de su pecho se cruzaba con el de la Turca, más agudo, en el aire. Su pie topó con el libro que había dejado Cúper. Lo levantó y se puso a leer en la página marcada con un pliegue, sus ojos azules levantaron color, sonreían.

Yo de chico, en un edificio como este vivía, parecido... Yo, lo mío era mirar, dijo, dando una última ojeada al cuerpo de la Turca y volviendo a cubrirla. Miraba por instinto, como un animal miraba... Había hecho unos agujeros, en la pared del baño, en el pasillo... Así las miraba a todas. La mujer del patrón, el señor Rogelio, era la más asquerosa. Le gustaba arremangarse la pollera... Tenía unos muslos enormes, como dos columnas. Y los pelos, cabeceó hacia la cama, le tapaban el ombligo... Le forraban el cuero, los pelos... La había visto justo con las reglas. Todo rojo. Manchaba toda la letrina. Pensé que iba a morirse. Qué sabía yo del cuerpo... Ese asunto genital, de abajo, de ellas... Sangrante...

Y otro agujero, en la pared de la pieza, cerca de la cama. Eso sí que era terrible... El marido se iba y subía Antonio, había sido boxeador... La primera vez que los vi... Tomó otro trago. Llegaba ahogado al final de cada frase. Yo esperaba, de acá de la cama, sosteniendo el abrigo. Me señaló con la botella pero hablaba sólo, la botella y un dedo en la boca del libro.

Este Antonio... La puso de rodillas, a la mujer del patrón... Ella tenía el culo al aire... El le hacía cosas raras... No podía sacar su aparato...

Le desgarraba los volados. Desgarraba todo. Y después se la montó... Sacó una poronga... Entró a resoplar... Era en serio, así. Yo no pensaba que podía ser, tan salvaje... Gruñía como un chanco. Ella daba también alaridos. Y más agudos cada vez que él empujaba... Yo no volvía en mí... Veía los muslos de ella, inmensos,

escarlatas!

El pantalón voló, hecho jirones. Alrededor estaba todo empapado... Antonio le daba de lleno en el pecho... cada choque sonaba... se agitaban como salvajes... Podía matarla, por cómo le daba... Los calzones, le colgaban de las pantorrillas... Usaba los zapatos del patrón, los de moda, calados...

Ella cayó al piso... En el entusiasmo por alcanzarla... Antonio se enredó en los calzones... se dió un cabezazo contra los barrotes de la cama... Echaba chispas... Se tanteaba... Tenía un chichón, furioso... Volvió a darle, con más fuerza... Ella se quería soltar, se hacía la pobrecita...

"Antonio, Antonio! no doy más!... Te lo ruego... mi amor, le suplicaba... Antonio! Estoy toda empapada... Cuidado! No me hagas un chico..." Le pedía.

El no escuchaba. Entró a darle piñas en la panza... Sonaba duro. Ella se ahogaba... Yo me preguntaba si no iba a matarla... Liquidarla ahí mismo? Ella, por enderezarse, chocaron las cabezas... El saltó como una fiera... Se revolcaba por el piso... Perdoname, Antonio, mi amor... Ella salió. Oí el ruido de cosas que caían, cacerolas, vidrios... Volvió trayendo un pan de manteca... Le untaba manteca, en la frente... El le hizo una llave... Le dió un sopapo... La tiró contra la cama.

Ahora quería otra cosa... Ella se defendía... Gritaba como un burro... No funcionaba... "La manteca, cago en Dios, la manteca". Ella todavía se sacudía... Le enmantecó el agujero, la raya, alrededor, todo... lentamente... con dedicación, a fondo... como un obrero de la cosa... Brillaba, la grandota! No tuvo inconvenientes... Entró hasta el fondo... entró sola... Tuvieron una descarga terrible... daban grititos estridentes... Cayeron de costado, me acuerdo. Se separaron. Se pusieron a roncar.

Bajó la vista. Al verse el dedo metido entre las páginas del libro lo sacó, volvió a

dejarlo en el piso. Después vació la botella de un trago. La mantuvo unos segundos con el pico para abajo, viéndola gotear, meneó la cabeza, desaprobando y la guardó.

Afuera se oía la lluvia. Parado, esperó que fuera a ponerle el capote sobre los hombros caídos. Fue hacia la puerta. Antes de salir me miró y miró la cama. Vi un relámpago azul en sus ojos. Manténgase atento, dijo. Y que ya faltaba poco.

Juntá lo que quieras. Viene de llover y el agua destripó los puchos, las hebras oscuras desparramadas, archipiélagos. La calle está vacía. Donde hubo un auto estacionado queda su huella seca sobre el pavimento. Si es por Cúper puedo juntar lo que se me ocurra. Es tu vida, dice. No me debés nada. Nadie me debe ni yo le debo nada a nadie.

Busco más bien junto a las paredes, al resguardo del ala de los toldos, los balcones. El va de la calle. Visto de espaldas, la campera de tela liviana color café con leche, el cráneo opaco, alguna gota que todavía cae no se sabe de dónde y lo salpica, huesudo, verlo gesticular, darse cuenta de que habla solo, volver hasta el árbol en el que me apoyo mientras selecciono los filtros, las puntas chamuscadas, el papel, y los separo del tabaco que voy juntando en un celofán, cómo finge interesarse en lo que hago mientras habla de la muerte y la memoria: me moría. Habla de los recuerdos impagables, de los deudos. Habla y la saliva burbujea en la comisura de sus labios.

Imposible acordarse de todo lo que dice. Hace días que me acompaña, desde que dejé de ir a la Biblioteca. Caminamos por ahí durante horas, cuestión de hacer tiempo para volver al edificio, que la Doña no se entere. Habla del frío que sube desde los zapatos mojados, de nuestras espaldas apoyadas contra la pared, fumando, viendo pasar los coches por la autopista. Hacer humo. ¿Hasta cuándo? Algo se nos va a ocurrir.

Los puchos nos han ido atrayendo hacia la trampa del edificio. Ya se divisa su silueta gris, y en el cuadro oscuro de las ventanas pronto van a aparecer las bombitas, un punto amarillo débil, oscilante, listo a extinguirse.

Dejamos atrás la autopista, otro edificio que se zambulle entre la nubes. Nuestros pasos resuenan como si caminásemos sobre adoquines huecos. ¿Papel tenés? Me hiciste acordar, dice, y desenfunda del bolsillo interior una hoja plegada. Mi mujer.

Sabe donde me encuentro. Me reclama. Amenaza venir a buscarme. Stop. ¿Y qué iba a hacer?

Doblamos la esquina, él encogido de hombros y yo la vista clavada en el piso que no contesta, dice parece que te buscan, es Dolores en deshabillé y ojos de carbonilla negra, una carrera tambaleante sobre esos tacos, la Turca, alcanza a decir entre sollozos, la abrazo, viste de baba, hará media hora, después es toda un temblor, no importa, no digas nada, mi mano en su nuca, ya está, haciéndole compañía, insiste, tejiendo, en la silla, le había llevado la radio, ella hasta el final convencida de que la Turca podía oír, por eso le charlaba al oído, bromas, el tono cariñoso de entre mujeres y otras veces chismes del edificio, algún consejo, anécdotas del hijo que ya buscaba enderezarse, morder, el título de tía, de pronto sintió que algo le rozaba la falda, un bicho pensó, pero eran los dedos de la Turca que arañaban el aire, nunca iba a perdonárselo, ¿y si había querido decirle algo?, confundirla con un bicho, la vió abrir los ojos, siguió toda la trayectoria de las pupilas que cruzaron el aire como dos estrellas fugaces hasta fijarse en un punto frente a ella pero sin verla y ahí se quedaron, se fueron dilatando, perdiendo foco, cada vez más borrosas, después los párpados cayeron y todo el cuerpo, aunque estaba acostada, dió la impresión de caer, de abandonarse, se había ido.

Mientras Dolores hablaba, Cúper, sigilosamente, nos dejó solos, y la lluvia volvió a caer furiosa, hundiendo sus uñas en el barro. De repente nos encontramos abrazados con el agua hasta los tobillos, el pelo chorreándonos sobre la cara y el sabor de las lágrimas y la saliva, todo se mezcla, se confunde, forma remolinos a nuestro paso, la risa de los del edificio al vernos entrar, sus burlas, el silencio de los chicos que nos escoltan por la escalera preguntándose cómo será el olor de esta muerte. Están más acostumbrados al filo que se hunde o al disparo, los regueros de sangre, la exposición

del hueso, gritos. La pelea previa, alaridos de dolor, los pasos del que huye y de los que van buscar al médico, ese coro que clama venganza. En cambio este viaje mudo de la Turca, esta disolución en la inmovilidad, casi en el sueño, los desorienta.

Dolores ya no llora. Los chicos pueden haber confundido el silencio o la lentitud de nuestro paso con la calma. Ya en el pasillo, oigo que alguno se pone a llorar. Otros se detienen en la escalera. Antes de abrir la puerta de me paro y miro para atrás, sólo nos sigue el que me vendió el anillo y dos nenas que le llegan a los hombros, de ojos saltones o haciendo un gran esfuerzo para mirar.

Abro. Entran, se agachan, miran abajo de la cama y salen corriendo, nos pasan por el lado, por entre las piernas, gritan no está, no está, no hay nadie, así bajan, y los demás los siguen, también gritando, y por todas partes parecen abrir cajas de gritos, gritos antiguos, retenidos desde hace mucho, gritos que una vez libres se expanden desaforados invadiendo todo el aire, sin dejar espacio para más nada. Nosotros dos inmóviles frente a la cama vacía.

Esto no es un hospital ni la morgue, decía la Doña, marcando los acentos con una palma sobre la mesa. Iba y venía por el sótano que vibraba bajo sus pasos, y sus caderas, al raspar contra las paredes, desprendían, del revoque seco, un polvo que las manchaba o iba a depositarse en el piso. Cuando alzaba los brazos piadosos la punta de los dedos tocaba el techo. Entonces sus puños se cerraban, volvía a mirarme y mi cuerpo parecía quedarle chico a su odio, su mirada buscaba algo más, atrás, alrededor mío, y al no encontrarlo apretaba los labios y daba otro golpe contra la mesa.

El cuerpo no lo va a ver, había dicho. Qué se cree. ¿Qué quiere, que nos coman los gusanos, que me encuentren un fiambre acá adentro, justo ahora? Ese asunto estaba terminado. Yo había insistido en meterle a la muerta en el edificio, en su casa, en la casa de su familia. Yo había dicho que iba a pagar todo, lo mío, que ya era mucho, y lo de ella, y ahora resultaba que no tenía más trabajo, un parásito. Parados frente a frente, ella las manos en la cintura.

Usted ya sabe, está la herencia, dije. El golpe me hizo caer contra unas cajas vacías, un montón de escobas atadas, una bolsa de arpillera que se abrió. De las costuras de la bolsa brotaba el arroz. Quise pararme, patiné en el arroz, aturdido, un labio también abierto y arroz pegado a las palmas de las manos, a la cara. Ya la fiebre me roía las rodillas, yo soñaba tragar mi verdad en silencio, entre buchets de sangre, como un héroe. Creí ver el rayo de otro golpe y volví a caer, y al levantarme todo me pareció lejano, borroso, su voz, lo que decía, los mismos gestos ahora sin fuerza. Como si al caer hubiera atravesado también el piso, y un túnel muy profundo, viscoso, y al final de ese túnel desembocado en un sótano idéntico a éste, con la Doña amenazante y alfombras de arroz bajo mi cuerpo.

La sangre impresa en mis sábanas, los comentarios de los que pasan riéndose por el pasillo, una mirada de Dolores, imágenes mínimas, filtradas por la fiebre, me hacen

creer que la escena fue así. Que sonreí para mí mismo aliviado cuando dijo que ya nunca, que cómo, de qué manera podía ella hacerme pagar. Después dijo lo de Dolores, que lo único que le daba una remota posibilidad de cobrar era tener al hijo de Dolores como garantía. Ya se habría vuelto a sentar en su butaca, atrás de la larga mesa, y hablaría con un tono de banquero, de funcionaria, cuando dijo que si llegaba a querer irme o si trataba de engañarla ella se quedaría con el chico de Dolores, y ordenaría las cosas de la mesa, reloj, costurero, plato sucio, paquete de yerba volcado, cuchillo, lápices, sin mirarme, con fingida minuciosidad, esperando que yo terminara de caer y me fuera.

Fuera de la ciudad, lejos de esa Biblioteca, dijo la mujer, la escucharon, parece, todos, porque se dirigía a Cúper a través de los otros, indirectamente, como si haberlo ido a buscar no la rebajara pero hablarle sí. Lo supe un par de días más tarde, cuando le pedí a una nena que fuera a buscarlo, a decirle que lo necesitaba. Era de las que se asomaban cada tanto a verme transpirar, revolcarme en la cama de cerca. Tenía la boca hinchada, pastosa, y la voz apenas audible. Tuvo que acercarse a mi cama para entender. ¿No se enteró? Parece que lo había vestido después de arrastrarlo por la pieza y casi cargado en la escalera salpicada de curiosas hasta el portal por donde entraba un gajo de gris, y antes de la calle, siempre por intermedio de los otros, agregó que aquella vez sería la última. Así desapareció Cúper.

Más tarde viajarían en el Rápido, la mujer y sus hijas con la cabeza colgada del sueño, Cúper apoltronado, asomando a veces al pasillo sin impaciencia, algo de admiración por la facilidad con que ellas se dejaban descansar, calculaba los minutos para encender un nuevo cigarro, recordó una de sus primeras visitas a la Biblioteca, cuánto tiempo, una novela barata en la que se llamaba Ron, volvía de la guerra sin un brazo, sobre otro ómnibus, junto a una rubia, reina de algún cereal o fruto, despedida por todo un pueblo entusiasta en la estación, ruidoso, inocente. Primero la rubia, dieciséis o diecisiete años, largas piernas descubiertas en nombre del cultivo de la zona, tacos dorados, brillantina, creyó que Ron ocupaba su asiento, lo obligó a enseñarle el ticket, tuvo que buscar su agenda en el desorden del bolso de mano volcando los cepillos, estuches, recortes con artículos sobre su coronación, inquietud en la comitiva en puntas de pie, alguno que quiso subir a poner las cosas en claro. Nervios, inexperiencia, ella un poco miope. Era lógico. Incluso los pechos de la reina contra su hombro en el sacudón del arranque, las exageradas disculpas, roce insomne, Ron tirando con rabia del pelo sedoso, la boca roja pegada a la boca de su pantalón.

Pero el goce, contaba Cúper, no había sido al acabar, ni orgullo ni complicidad con la sonrisa bordeada de semen que jugaba a la compostura, al crimen. Lo despertaron las exclamaciones de otra comitiva en la que ella bajó para perderse. El sol rodaba barato sobre el horizonte. Ron entró al parador y en uno de los retretes, con dos dedos de su única mano, desplegó un largo cabello trigueño. De vuelta al ómnibus, lo fijaba con saliva al vidrio para el resto del viaje.

Un par de veces su mujer se revolvió en el asiento, algo descompuesta o despierta, murmurando con fastidio que no pegaba un ojo, doblada buscó a sus hijas del otro lado del corredor, se cuidó de tocar el brazo de un Cúper que sin haber dormido parecía recién despierto, ahora era él quien la llevaba, hacía sonar el medallón y el anillo en la cadena de oro, una mano sobre el pecho, los labios rozándole la sien, el vidrio, la noche, le devolvían la imagen de ese abrazo preguntándose qué estoy haciendo, por qué algunas preguntas vuelven, hasta cuándo.

La primera semana o diez días los ocuparon en hacer habitable la casa, un barracón de la costa sobre pilotes de madera roída. Contaba en su carta que la humedad, la arena cubriendo los pisos, los pocos muebles, les habían dado una impresión lunar o antártica, ardiéndoles los ojos apenas giraron la manija de la puerta. Un ambiente con varias ventanas, cocina, hogar a leña, dos bancos, dos dormitorios, otra pieza derruída. Hablaba poco con sus hijas, o ahora él a través de su mujer. Seguido ese silencio se le hacía insostenible, alguna mirada exigente, y se iba por entre las dunas dando unos pasos que lo enterraban aún más, los puños en los bolsillos, como si nevara. Alguna tarde oscura que se hizo pronto de noche, tarde, las tres lo vieron hablar solo, a caballo del banco de madera, el mechón suelto, irremediamente caído y dándoles una risa que se aguantaban, barajar un fajo de billetes, su cuaderno, las mangas arrugadas de la camisa, ¿llueve?, ¿la arena va a

cubrirse de puntos?, ¿de una capa más dura que se quiebra?, ellas lo oyeron pararse, decir que al día siguiente iba al pueblo a comprar un televisor, nueces, esas cosas, la mujer alzó la cabeza de su delantal para verlo tajeado por la cortina de tiras plásticas, los hombros caídos, hacia la cama.

Cúper, su historia. La recontaba en solitarios paseos por la playa, la franja de arena húmeda en la que clavaba con gusto el talón, raras veces cruzarse con alguien, mantenerle la mirada en busca de datos, marcas, golpes de viento en la frente, al sol su historia ofrecía un giro novedoso. Se preguntaba si era ese el punto en el que su vida iba a inclinarse delante de sí misma para dejarlo pasar, si no todo, pero aunque más no fuera algo cambiaría, la sensación de que hasta ese momento había estado tan firme sobre sus pies como un camalote. Volvía seguido de la silueta del perro tambaleándose al filo de los médanos.

Desde los escalones de la entrada, sin camisa, escupiendo hilos de tabaco que se le pegaban a la lengua, Cúper pensaba qué sentiría su mujer, mirándola a lo lejos como a una esfera bajo el sol, sola, hasta la cintura en el mar, de malla con voladitos. Confiado, yendo y viniendo según fuerzas desconocidas esa mañana se había puesto con el cuarto que antes llamaban despensa, tapado algunos agujeros del techo, aberturas entre tablas, después instaló la mesa afuera, bajo los pinos, y en los cajones los cubiertos, el mantel. En el ambiente oscuro, entre gruñidos del gato al ratón, se cocinaba algo. Ella regresó lentamente hasta la casa, sonreía, comieron en paz hablando de signos astrológicos, él trajo unas uvas, acordaron caminata después de la siesta. En ningún momento, como había sucedido otras veces, ella se levantó con brusquedad, alejando el embrión de cualquier gesto para irse a llorar contra la cama, ni tuvo que ir Cúper, silencioso, a abrazarla, a distraer el miedo que los envolvía. Dormido a la sombra de los árboles, lo sacudieron sus hijas: ella estaba en la playa,

caída, la hora en que la marea, la culpa de que fuese a morir ahí, dolor, una corre los pájaros, como un animal, la culpa, no mamita, era de Cúper, el perro, una ola, llevarte, no me toques, no, a los gritos. No sabía qué hacer, quiso sentarla, no la había querido, nunca, un puñado de arena, a nadie, alrededor, le ladra a los pájaros, a chorros, hunde una mano, ola amenaza la costa, hijo de puta, frente, cabellos, lengua de arena, a cucha, a cucha, en cuclillas, por qué la había dejado, mami, que gritase, se va a morir, que respirase, volados de espuma, dale la mano violácea, se esconde, vuelto, sangre, por vos, arena en granos, en gime, mordía, acuosa y rosada apareció, le ladra, se había ido, muchos, todos lloran, las manos abiertas sucias balbuceantes, charco, de Cúper, sostenían el hijo.

Una posibilidad es que la Doña haya amenazado a Dolores, o a mí por medio de ella, antes de que pasara nada, antes del anillo, los golpes en clave en la pared, de la exigencia y la falta de gritos. O a ella y su criatura por mí, o yo, sabiendo que íbamos hacia el fondo sordo de ese despeñadero, haya preguntado ¿estás contenta? con mi voz más planes, que ella haya asentido entrecerrando los ojos, la sonrisa de un presunto sol que le diera de lleno en la cara, conformidad, confianza según el Diccionario de los Gestos. Más, que la haya o me amenazado, medio amenaza y medio receta, a su criatura, cuando ya todo había sido, sin después ni antes, sólo adónde vamos a ir con voz quebrada, verla jugar con el anillo que cambiaba de colores sin apreciarlos, que no grita para que no se asuste, ese era nuestro futuro, oír que dice ya te vas, volviste temprano, la cadencia de la escoba, desearla de lejos, por medio del bramido de la descarga del inodoro o el olor a frituras, decirme a mí quién iba a tenerla como él, en plenos planes, la lengua se pegaba al paladar, se empastaba, se oía plana, fui hasta la pileta: ¿quierés? Había arreglado pero olvidé lavar el vaso. Su sonrisa desvaída, un estirarse apenas las comisuras, debió haber habido como un vértigo mutuo, múltiple: él un buen hombre que notaba algo raro, él la había traído de la calle como a otra silla, ya embarazada, y ella no podía hacerle una cosa así, yo, si hubiese tenido hijos entendería, chicos de fiebre voladora, pongámosle que entonces me le prendí a la uva de un pezón, succioné, ácido, ella respiraba pesadamente por la nariz, abría y cerraba los muslos en abanico, más que salir de sí misma en pleno sueño, perderse, abrió un ojo, habrá dicho la hora que es o manoteado el cochecito para hacerlo llorar o invertido la figura sumergiendo su cabeza chupona bajo las mantas, modales de madre, mala leche.

La Biblioteca encallada en el pasado, sin la Turca, sin Rega, Figueroa ni el Francés, apenas las manos de Valerio mezclando el mazo de la vergüenza, y cerradas las

cuentas, cicatrices, de qué íbamos a vivir. Dolores amenazaba con lagrimear, se había acabado, mis gritos ahora la despeinaban, parece que los planes, lo bien que él se había portado con ella y su hijo, sus muñecas enrojeciendo entre mis dedos, en la calle el viento arrastraba una valija vacía, la dueña rengueaba atrás, o renegaba, no se distinguía bien, niebla en mis ojos, gritá, quiero que grites, gritaba yo, estrangulando sus muñecas, después me había devuelto el anillo con expresión solemne de mártir que me dió ganas de hacérselo tragar, tosía, estás contenta.

Mucho antes va a venir por penúltima vez, dirá que sepas que creo que sos bueno, mirándose la punta de los zapatos ajados, sufriste, fiebre, el llanto en mi pieza, las incursiones rápidas por el pasillo, espaldas contra la pared, el aire conspirador como paraguas, dirá Dolores que la Doña le dijo que podíamos engañar al hombre pero no a ella y que apoyó su boca, su papada a rayas sobre la frente del chico dándoles un susto enorme y dijo que empezaba a afiebrarse, líneas apenas, cicatrices que jugábamos a descubrir, conversando en su propia lengua desde la ventana de tu cuerpo al mío, ojos ciegos, ¿eran lo que había quedado de antiguos planes?.

Nada comparable al vértigo de una quemadura. En la velocidad de su sótano a velas la Doña se da el lujo de hablar de palidez, deudas, la misma pregunta de Dolores, sin esperar tampoco respuesta: qué podría ofrecerle. Y a ella: que se cuide de mí, sudo, la fiebre me consume. Otra posibilidad es que haya soñado que nos comíamos vivos, otra que con el tiempo el chico empiece a caminar provocándole aplausos, gritos que pared de por medio sonarán a ruego y recriminación, o que la trascendencia del asunto se me escurra, omnubile.

La carta llegó mientras dormía. Vino a despertarme deslizándose por el piso, donde abrí un ojo se detuvo, tan impresionado, palpitante bajo la caparazón de las mantas sin atinar. ¿Todavía existían el correo, mi nombre?

Afuera oscurecía. El silencio que sigue a la tormenta. En el pasillo, ni un pibe que me consiguiese cigarrillos, un porrón. Con la punta de un pedazo de material arrancado a la pared tracé la silueta del sobre, también blanca, con esmero.

Más la oscuridad se acentuaba, más el sobre, en mis manos, y el rectángulo de cal, fluorecían, hasta que fueron lo único que quedó de la pieza. El sobre, aún no carta, la boca abierta que lo había escupido

Me senté en el marco de la ventana; horcajadas. Lo que quedaba del nylon, podrido por las lluvias, se había puesto duro antes de desprenderse y caer.

Había niebla. Al farol lo rodeaba una pelota de peluche de luz. Terminé de arrancar una tira de papel que cayó bailadamente. Abajo nadie se sobresaltó al verme ni dijo no lo hagas, no lo hagas.

Llueve, leí en voz alta, y al mar se le pone la carne de gallina. A mí también. Anochece. Allá, qué hora es. ¿O no se pregunta la hora por carta? Todo pasó tan rápido (todo pasa siempre tan rápido), no tuve tiempo de despedirme.

Lloré, mientras leía, lentamente, sin interrupciones. Un sollozo con forma de U, hilos de baba que siguieron colgando de mi cara hasta mucho después de haber visto cambiar la tinta de azul a negro y de que la flor de la firma de Cúper se abriera, grandilocuente, como uno de esos nudos de corbata anchos y saltones que a él debía gustarle usar.

Me lavé la cara hinchada, después el resto del cuerpo. Escalofríos. Un hormigueo me obligaba a estirar los brazos, abrir y cerrar los puños. Caminaba en círculos

alrededor de la silueta irradiante que había dejado el sobre. Cúper, dos puntos, pensaba, Cómo andás Cúper, como si yo también de repente fuera a escribir una carta. Sin tener su dirección, papel ni pluma. O él no preguntaba cómo andás, cómo estarán las cosas por ahí aunque supiera que no recibiría respuesta, como si hablara, escribiese para sí mismo o hasta para un muerto, o varios, uno yo, otro el Cúper que habíamos conocido y al que le mandaba decir a través mío que no le importaba lo que pudiera pensar de él ahora, entre otros. Los dos estábamos vivos y estábamos muertos en el otro, por medio de esta carta, de su huella marcada a cal en el piso, alrededor de la que daba vueltas como un buitro desnudo despintándome el sopor de las últimas semanas y que parecía el dibujo de una tumba en miniatura.

Durante esa noche, y hasta la madrugada, cuando el sueño me ganó, leí la carta varias veces. Después de mucho tiempo volví a sentir hambre. Entré a la pieza de Dolores como un ladrón. En una cama dormían el chico y ella, en un catre el hombre, vestido, las manos de carbón sobre la cara. En la mesa, bajo un repasador, había pan, puré, un fondo de lentejas pegadas a la olla. Traje también una vela.

La leí por última vez mientras comía. Después, otro sopor, distinto al de la fiebre, imaginarme a Cúper sentado en el muelle de madera, las piernas pendientes del borde, fumando, o sólo en el interior de la casa casi fresca a fuerza de postigos sobre unas ventanas sin vidrios ni brisa, una malla de alambre para los insectos, y afuera ese sol abrasador. Ante semejante sol todo se retira o suspende.

Lo imaginaba cuidando al chico mientras la mujer y las hijas se han ido al pueblo, siempre de tarde, entra un poco de luz por las juntas de las tablas, alguna teja que falta, hay también una lámpara encendida. El chico berrea sin convicción desde su cuna y el perro da unos pasos y vuelve a ovillarse a sus pies. Sobre la mesa una gorra de cuero, ciruelas, hojas dibujadas por sus hijas, una llave, pegamento. Cúper se acomoda en su

silla, arma un tabaco arrullado con cáscaras del que saldrán cigarros desiguales, nuevas cenizas, humo. Ruidos: el ronroneo de la heladera a gas, el mar un reloj. Se va adormeciendo, las manos enlazadas sobre el estómago.

Despierta transpirado y el perro parece juzgarlo con sus ojos mínimos. El chico llora. Le da una mamadera y lo vuelve a acostar, cruza la pieza acogotando cada botón de su camisa, se mete bajo el chorro de agua fría de la ducha, deja que suene a sus pies, sobre la espalda, se estrelle en su cabeza, escupe, enjabona, su cuerpo es blanco y blando, siente el jabón resbalar entre las nalgas, recoge y estira la piel del prepucio con dedos jabonosos, la pija aumenta, se endurece, suave, de espuma los pelos, la punta de la pija rosácea en cada estocada de jabón, más dedos de jabón un aro, una burbuja que la pija atraviesa hasta la mitad en acelere: acaba con la espalda contra la pared fría, mirando el chorro que sin mezclarse se pierde en el desagüe, de marfil, o al repiqueteo de las últimas gotas de agua sobre la punta de la pija.

Cuando sale del baño, vistiendo los mismos pantalones que antes, sin camisa, la puerta de la casa está entreabierta y la cuna en desorden. Un fino aluvión de luz y polvo raya el ambiente. Revuelve las sábanas de la cuna con mano incrédula. El perro alza el hocico. Lo mira arrojarse contra la puerta. La luz ruge.

En esa zona toda actividad depende directamente de la luz del sol. Desde unas horas antes hasta unas horas después del mediodía, cuando la luz baja vertical y se extiende con toda su fuerza, nadie puede enfrentarla. Entrando el atardecer, el aire parece más blando, la luz deja ver el color de las cosas, sentir sus olores, los ruidos intrascendentes que pueblan el aire.

Bajo esta luz, una de las hijas de Cúper juega, en los escalones de la entrada, a hacer dormir al bebé. Dice que la madre la mandó de vuelta con unos vecinos. Que cuando ella llegó no había nadie. El levanta al chico y le sacude la arena de la pelusa del

cráneo y la espalda, lo apoya contra su pecho, entran.

Más tarde llega su mujer, apenas cayó el sol en el horizonte, sudada, y tira los zapatos contra la pared diciendo que nunca más vuelve a salir sola con las dos. La otra hija llora, se encapricha, se duerme vestida en un ángulo de la cama. O comen, afuera el cielo índigo, lila, a lunares, ya solos algún diálogo que se pierde en la noche, los platos inconclusos, tanto el ruido continuo del mar como la única luz encendida, su séquito de mosquitas, la sombra de ellos dos yendo hacia la pieza, son de yapa.

Cúper pensaba en mí. Pienso en vos, había escrito. No como si fuera vos sino como yo adentro tuyo. Me pongo en tu lugar, me imagino recostado sobre tu cama, veo la puerta, la pared, el clavo del que cuelga un anillo, oigo que golpean, toc toc toc, aparece Dolores despeinada, te la quedás mirando, intuyo un resto de resentimiento en las miradas que se cruzan.

Cúper trataba de imaginar el peso de ese silencio sobre el aire. Dolores finalmente se decidía a acercarse y se inclinaba sobre la cama. Tenés que levantarte, decía, levántate, abajo se están matando. Las palabras salían de su boca en desbandada. Parece que en la calle, en las ventanas de la planta baja y el primer piso, y especialmente alrededor de la puerta principal, había explotado una auténtica batalla, no otra de esas peleas más o menos violentas de siempre. Afuera, unos veinte hombres trataban de entrar al edificio. El ejército de la Doña se defendía. Habían tapiado todas las ventanas bajas y reforzado la puerta. Se oían los disparos. Volaban piedras, golpeaban hierros contra las tablas, una maza intentaba abrir un boquete en la pared y con cada golpe el edificio vibraba, se sacudía, parecía saltar sobre sus cimientos. Desde el techo llovían cascotes y botellas de alcohol encendidas.

Según las voces que corrían por el pasillo, era una banda que ocupaba las grutas del Zoológico abandonado. ¿Te acordás, preguntaba Cúper, de la vez que anduvimos por ese parque? Ahora, hartos del olor rancio de los animales que no se iba, de la humedad que les limaba los huesos durante la noche, de la falta de luz, habían decidido copar el edificio.

Cúper imaginaba que yo recibía la noticia sin extrañeza ni entusiasmo. Y qué, preguntaba, y me inclinaba hacia uno de los costados de la cama buscando un pucho en el piso. Lo encendía mirándola desafiante. Ella contestaba que era el momento de escapar.

En ese punto, Cúper imaginaba dos salidas. En la primera, en mis ojos, que de a poco empezaban a iluminarse, a devolver aumentada la luz que irradiaba Dolores y más allá, desde la ventana por la que también entraban los ruidos, se veía un brillo, un fulgor, el estremecimiento ahora en todo el cuerpo me llevaba a sentarme, le agarraba las manos y decía vamos, prepará al chico y vamos, tenés razón. Cómo salíamos era lo de menos. Ni siquiera sabía si salíamos los dos. Por ahí en algún momento, una vez afuera, a salvo, o antes, apenas yo había dicho tenés razón, posando una mirada ya nostálgica en las paredes de mi pieza, Dolores decía que en realidad ella pensaba quedarse. Y si ya habíamos salido volvía peligrosamente atrás, entre los disparos. O me mostraba el hueco por el cual podía salir y se quedaba viéndome alejarme en zig zag. Yo trataba de convencerla de que viniera conmigo. Me rechazaba por desconfianza, miedo de que la dejara sola o estupidez o lealtad hacia el hombre que la había recogido de la calle y en ese momento defendía el edificio arriesgando su vida, sin ser un malandra como los otros, sólo porque ella estaba ahí, por miedo a lo que podía pasarles a ella y al chico, de últimas convencida de que la Doña no era tan mala, la iba a entender. Ni siquiera tenemos que seguir juntos, dije, en un último torpe intento. Se dió vuelta y subió las escaleras corriendo, abrazada a su hijo, yo también le di la espalda, pasé agachado por el agujero y me puse a correr.

Pero había otra posibilidad. Y si en todo lo que Cúper pensaba había por lo menos dos posibilidades, y eran en general opuestas y válidas, en este caso, había escrito, me inclino, qué ridículo, como si estuviera sobre un trapecio, prefiero sin ninguna duda la segunda.

Yo había encendido el pucho desafiante y la miraba a Dolores que decía es nuestra oportunidad de escapar. Fumé, con lento, deliberado rencor, disfrutando la idea de verme, desde afuera, como personaje de la película de mi fracaso, fumar, las tres o

cuatro pitadas rápidas que me permitió el pucho hasta toparme con el amargo filtro, y dije escapar qué. Cómo, dijo. Escapar para qué, dije, por qué, adónde. Escupía toda mi amargura sobre ella, sobre la desorientación reflejada en la pupila de sus ojos gatunos, cada vez más grandes. Como si hubiera salvación, dije, desde abajo de la cama, adonde había llegado buscando otro pucho. Prefiero quedarme acá, y señale el espacio libre entre el colchón y el piso. Que se maten los otros. Ella, balbuceando, dijo que yo hablaba así porque no sabía lo que era tener un hio, alguien más importante. Saqué la cabeza de abajo de la cama y le apunté con el índice. Estaba esmaltada en llanto. Una cosa es estar siempre en el mismo lugar, dije, y otra muy diferente volver siempre al mismo lugar. Empecé a repetir la misma frase en voz cada vez más alta, a tratar de tapar la suya, dulce, haciendo de cuenta que no la oía decirme hablás así porque estás herido, tenés que salir, de un salto la atrapé por las muñecas, se retorció, forcejeamos, me acordé de la Turca la tarde que vino a ofrecerme un trabajo y me puse a dar trompadas contra la pared, el ruido de los mazazos, de las detonaciones, afuera, aumentó, y sentí, más fuerte con cada piña, el respiro de no creer nada de lo que decía.

Cuando me asomé a la ventana y agité el brazo hacia los minúsculos invasores de abajo, que me respondieron con un rugido, mi único pesar era el recuerdo. Prepará al chico, dije. Dolores salió y en un minuto estuvo de vuelta. Mientras, yo había abierto el colchón y desparramado el relleno por el piso. Era una mezcla de paja y trapos, pelotas de un algodón grueso, estopa, lana. No encerraba ningún tesoro, pero una lejana fragancia, algo fresco, vegetal, brotaba a veces, todavía vivo, a través del tufo. Envolví una parte en la sábana, puse el elástico de la cama encima, todo cerca de la puerta, lo encendí y salimos.

El silencio, la quietud de la escalera, sonaban a trampa, pero nadie intentó retenernos. La lucha debía estar concentrada en la puerta principal, en la planta baja,

en el frente del edificio y sobre todo en el sótano, que era adonde la Doña tendería a replegarse con sus hijos, todos atraídos por el tesoro del sótano, llevados hacia ahí por su instinto como una especie de insectos o los últimos sobrevivientes de una raza, yendo a enterrarse antes de terminar de morir.

En el primer piso entramos a una pieza que daba al fondo. Abajo había un baldío, cactus, animales muertos y más allá la calle. A través de la ventana tiramos los colchones. Había que agarrarse del marco de la ventana, ir metiendo las puntas de los pies entre los ladrillos y saltar. Dolores sacó medio cuerpo afuera para alcanzarme al chico y yo lo recibí estirando los brazos, después saltó ella. Durante ese segundo o dos, hasta que el peso del cuerpo de Dolores estremeció la tierra, y mientras nos mirábamos y al entregárselo con torpeza, entreverando manos y mantas, lo tuve por primera vez en mis brazos. Después corrimos.

Alguien debe haber avisado, o nos vieron desde la terraza, porque enseguida empezaron a caer las piedras y a brotar charcos de fuego a nuestros pies. Ella venía atrás mío. Frené un poco para dejarla pasar y una piedra se partió en mi cabeza. Caí, primero de rodillas y después acostado sobre mi sombra de sangre en el suelo. Entonces otra me dió en la sien. Me incorporé para ver, por última vez, a Dolores, que todavía corría, la cabeza y los hombros encogidos sobre el chico, empujándolo contra su pecho. Volví a acostarme. Era una parte de yuyos bajos que conservaban, como el relleno del colchón, cierta frescura. Miré el edificio. Ya no disparaban. Entre el humo y la bruma del atardecer, ví brazos de fuego asomando por las ventanas. Se estiraban, agitándose, hacia arriba. Después entraban, dejando ver la pared negra, y volvían a salir, y antes de entrar otra vez se sacudían arriba y abajo, manoteaban el aire, como un ahogado.